

# EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.



## SUSCRICION EN MADRID.

Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 10, TOMO II.—DOMINGO 16 DE MARZO DE 1845.

La redaccion está en la calle de la Manzana, número 15, cuarto bajo.—El correo franco de porte.

## SUSCRICION EN PROVINCIAS.

Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscriben en las principales librerías del reino correspondientes de la casa.

## RESUMEN.

La plaza Mayor de Madrid, por D. Ramon de Mesonero Romanos.—Dedicada de Cuba (poesia) por D. José Güell y Renté.—Los niños y los pastores, por D. P. F. Baeza.—A un picaro otro mayor (novela), por D. J. Olona.—El rey D. Pedro (artículo primero), por D. José Amador de los Rios.—Soneto, por doña Robustiana Armiño.—Viajes a las provincias Vascongadas, artículo VIII, por D. Antonio Flores.—Poesias, por doña Carolina Tejado, y D. Gavino Coronado.—Revista de la Quincena, por D. A. Flores.

## LA PLAZA MAYOR DE MADRID.

Origen.—Renovacion.—Fiestas reales.—Incendios.—Autos de fé.—Suplicios.—Nombres, etc. (I)

Desde los tiempos de Juan II. á principios del siglo XV, hacen ya mencion de esta célebre plaza los analistas matritenses, y no puede dudarse de su existencia en el mismo sitio que ocupa hoy la que se construyó posteriormente.

Immediato á ella, y mirando á oriente, como á la embocadura de la calle de Milanese, se alzaba la puerta

de Guadalajara, cuya pomposa descripcion puede verse en las obras del maestro Juan Lopez de Hoyos, y que se conservó hasta 1580, en ocasion que, haciendo fiestas la Villa por haber ganado á Portugal el rey don Felipe II, pusieron en ella tantas luminarias que se incendió del todo, acabándose de demoler posteriormente. En una de las casas inmediatas á esta puerta, nació en 25 de noviembre de 1565 el Fenix de los Ingenios, Frey Lope de Vega Carpio, cuya fecundidad asombrosa no tiene igual en la moderna Europa.

El estado de deterioro á que habia venido la plaza á los principios del siglo XVII, movió al rey don Felipe III á disponer su completa demolicion y la construccion de una nueva digna de la corte mas poderosa del mundo. A este fin dictó las órdenes convenientes á su arquitecto Juan Gomez de Mora, uno de los mas aventajados discipulos de Juan de Herrera, el cual dió terminada en el corto espacio de dos años en el de 1619, ascendiendo su coste total á novecientos mil ducados.

Tiene su asiento en medio de la Villa, formando un espacioso cuadrilongo de 434 pies de longitud por 334 de latitud y 1536 en la circunferencia. Tenia por toda su extension, antes de los deterioros que ha padecido posteriormente, cinco pisos sin los portales y bóvedas con 75 pies de alto y 50 de cimientos, y con salidas á seis calles descubiertas y tres con arco. En sus cuatro lienzos habia 136 casas con 477 ventanas con balcon, y habitacion para 3700 vecinos, pudiendo colocarse en ella en ocasion de fiestas reales, hasta 50,000 espectadores. Los frontispicios de las casas eran de ladrillo colorado, y estaba coronada por terrados y azoteas cubiertos de plomo y defendidos por una balastrada de hierro; esta y las cuatro hileras de balcones de los distintos pisos estaban tocados de negro y oro, todolo cual y su rigurosa uniformidad, la daba un aspecto verdaderamente magnífico.

En medio del lienzo que mira al sur se construyó al mismo tiempo quela plaza el elegante y suntuoso edificio con destino á servir de Casa Real de Panaderia, en su parte baja, y magníficos salones en el principal para juntas y otros actos solemnes, y para

recibir á los reyes cuando asistian á las fiestas que se celebraban en esta plaza.

En el lienzo frontero, se elevó tambien otro suntuoso edificio para Carniceria de la Villa, la cual era comun á vecinos y forasteros, á diferencia de las otras dos carnicerías públicas que existian, una en la plazuela de san Salvador para solo los hijos-dalgo, en que se pesaba sin sisa, y la otra en la colacion de san Ginés, para los pecheros, con sisa, y duraron hasta 1583 en que se quitaron los pechos.

La relacion de los sucesos, ya trágicos, ya festivos, que desde la época de su construccion hasta el dia ha sido testigo esta plaza, daría materia á un largo volumen; pero limitados hoy á los estrechos términos de este artículo, indicaremos solo los mas principales, para excitar la curiosidad y el interés de los investigadores de las glorias matritenses.

El primer suceso histórico á que sirvió de teatro esta plaza tuvo lugar á 15 de mayo de 1620 á pocos meses despues de concluida la nueva. Celebrábase aquel dia por la Villa la beatificacion del glorioso Isidro Labrador, con una solemne funcion, para lo cual se juntaron en Madrid los pendones, cruces y cofradías, clerecías, alcaldes, regidores y alguaciles de cuarenta y siete villas y lugares; formándose una procesion en que se contaban 156 estandartes, 78 cruces, 19 danzas, y muchos ministriles, trompetas, y chirimías. El cuerpo del santo se puso en una arca de plata que hicieron y donaron los plateros de Madrid, y costó 16,000 ducados, sin la hechura; y habiendo venido el rey y su familia desde Aranjuez, hubo danzas, máscaras, fuegos y encamisadas por espacio de ocho dias; en la plaza se armó un castillo con muchos artificios de fuegos, que se quemó por descuido, terminando la fiesta con un certámen poético para nueve temas, que propuso la Villa, y del que fué secretario el célebre Lope de Vega, que despues le publicó.

Por auto acordado de 30 de junio del mismo año, se puso tasa en los balcones de la plaza para las fiestas reales, señalando á los primeros el precio de 12 ducados, 8 á los segundos, 6 á los terceros y 4 á los cuartos; lo cual se entendia solo por las tardes, pues el



disfrute de las mañanas era de los inquilinos de las mismas casas.

Habiendo fallecido Felipe III á 31 de marzo de 1621 levantó Madrid pendones por su hijo don Felipe IV en 2 de mayo siguiente, celebrándose esta ceremonia con grande aparato en la nueva plaza Mayor.

Mas trágica escena se representó en esta á 21 de octubre del propio año de 1621, alzándose en medio de ella el público cadalso en que fué decapitado el célebre valido y ministro don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias; y viendo Madrid con asombro rodar á los pies del verdugo la cabeza del mismo magnate que pocos meses antes había visto pasear aquella plaza con gallardía al frente de la guardia tudésca cuyo capitán era: catástrofe memorable que le pronosticó el también desgraciado conde de Villamediana, con motivo de cierta reyerta que en las fiestas anteriores tuvo don Rodrigo en la plaza con don Fernando Verdugo, capitán de la Guardia Española, en aquellos versos que decían:

«¿Pendencia con Verdugo, y en la Plaza?

Mala señal por cierto te amenaza.»

Aquel malogrado conde, y mordaz poeta satírico, fué también asesinado á poco tiempo en su propio coche en la calle Mayor inmediato á la Plaza, cuya muerte se atribuyó á los celos que inspiró al rey.

El domingo 19 de junio de 1622 celebró Madrid la canonización del mismo patron San Isidro Labrador al propio tiempo que la de los santos Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Jesus y Felipe Neri, con grande solemnidad de altares en la plaza y calles del tránsito, procesiones, máscaras y luminarias; cuya pomposa relacion publicó Lope de Vega, autor de las dos comedias representadas en aquella ocasion á los Consejos y Villa en la plaza Mayor, y cuyo argumento está tomado de la vida de San Isidro.

Sabida es la venida del príncipe de Gales (después Carlos I de Inglaterra que murió en un cadalso) á la Corte de España en 1623, con el objeto de ofrecer su mano á la infanta doña Maria, hermana de Felipe IV. Habiendo partido misteriosamente de Londres el 2 de marzo, acompañado solo del marqués de Buckingham y de algunos criados, llegó á Madrid de incógnito el jueves 26 en la noche, apeándose en la casa del conde de Bristol, embajador de S. M. B., que moraba en la calle de Alcalá, á quien sorprendió inesperadamente su arribo. Difundida la nueva al siguiente día por la capital, y avisados de ella el rey y su gobierno, pasó á visitar al príncipe el conde duque de Olivares, acordándose que aquella noche se viesen en el Prado S. M. y A., como así se verificó, apeándose los dos simultáneamente de sus coches; y abrazándose con mucha cordialidad y cortesía, entraron en seguida ambos en el coche del rey y continuaron su paseo mas de dos horas. El domingo siguiente hubo *rúa* ó paseo por la calle Mayor, á que asistió gran concurso de príncipes y magnates en sus carrozas, y todas las hermosuras de la corte. Encubierto en una de aquellas, recorrió también el paseo el príncipe de Gales, acompañado de sus embajadores y séquito, á todos los cuales saludaron desde la suya, el rey, la reina, los infantes y la princesa Maria. Otros varios días duraron las entrevistas confidenciales ó indirectas, en los paseos, y en las calles y desde las ventanas de los palacios respectivos; hasta que se señaló para la entrada pública el domingo 26 de marzo. Para ella, cuatro consejeros de Estado visitaron al príncipe por la mañana y le condujeron al convento de San Gerónimo, donde le asistieron durante la comida, que se le sirvió á la española; por la tarde fueron á besarle la mano todos los Consejos y la Villa de Madrid á caballo, con gran séquito y ceremonia, hasta que llegó el rey, á quien bajó á recibir el príncipe hasta el patio, subiendo ambos á caballo; y seguidos de todos los personajes de la corte, magníficamente ataviados, atravesaron las calles adornadas riquísimamente y con sendos tablados para bailes y comedias cerca de los Italianos, en la Puerta del Sol, calle Mayor, puerta de Guadalupe y palacio. El príncipe después de haber hecho una visita ceremoniosa á la reina é infantes, pasó á ocupar el cuarto que le estaba preparado.

Puede decirse que los seis meses que estuvo el príncipe de Gales en Madrid, hasta 9 de setiembre en que salió para Inglaterra, fueron una serie no interrumpida de festejos asombrosos, en que desplegó su carácter poético y caballeresco el rey Felipe IV, y su

corte la grandeza y riqueza que encerraba en su seno; habiéndose para ello levantado espresamente la prohibición de las pragmáticas recientes, sobre uso de alhajas de oro y piedras, sedas, telas, gualdrapas y garniciones, lechuguillas, puños y manteos; quedando solo en su fuerza y vigor en cuanto á los cuellos y valonas. Pero no siendo nuestro intento por ahora detenernos á describir aquella brillante época de Madrid, fijaremos solo la atención un momento en las solemnes fiestas de toros celebradas para obsequiar al príncipe en la plaza Mayor el día primero de junio. Para ello se puso otro balcon dorado junto al de SS. MM., y habiendo venido la reina en silla, por hallarse preñada, acompañándola á pie el conde duque de Olivares y el de Benavente, el marqués de Almazán y dos alcaldes de corte, ocupó su balcon con los infantes é infanta doña Maria; en el otro balcon nuevo (dividido con un cancel ó biombo) se colocó el rey con el príncipe. En esta fiesta dicen los historiadores madrileños que fué la primera en que se introdujo sacar de la plaza los toros muertos, por medio de mulas; peregrina invención que atribuyen al corregidor don Juan de Castro y Castilla.

Ultimamente, para celebrar el ajuste del próximo casamiento del príncipe con la infanta (que al fin no llegó á verificarse) dispuso el rey una solemne fiesta real de cañas para el lunes 21 de agosto, arreglándose diez cuadrillas que regían el corregidor de Madrid, el conde de Oropesa, el marqués de Villafraña, el almirante de Castilla, el conde de Montorey, el marqués de Castel Rodrigo, el duque de Zea, el duque de Sesa, el marqués del Carpio y el rey en persona. Merece verse la suntuosa descripción que hacen los historiadores de esta fiesta, como una de las mas magníficas que ha presenciado la corte de España, pasando de 500 el número de caballos que entraron en ella, soberbiamente enjaezados, y montados por los mas bizarros personajes. La reina y la infanta (á quien ya llamaban *princesa*) asistieron al balcon de la Panadería, y se permitió á dicha infanta usar los colores del príncipe que era el blanco: luego entró en su balcon el rey con el príncipe é infante, y por orden de S. M. se quitó el cancel que estaba puesto entre ambos balcones, quedando el príncipe de Gales al lado de la infanta su prometida, con solo la reja de hierros en el medio. Corrieronse primero algunos toros, y luego pasó el rey á vestirse á casa de la condesa de Miranda, desde donde vino á la plaza con su cuadrilla, empezando S. M. la primera carrera con el conde duque de Olivares; y así que se avistó la real persona, se levantaron la reina, el príncipe, la infanta, el infante, los consejos, tribunales, y la demás concurrencia que llenaba la plaza, y estuvieron descubiertos hasta que S. M. terminó la carrera: siguiendo luego las demás escaramuzas y juegos todas las demás cuadrillas, señalándose en todas ellas la del rey, cuya gallardía y juventud (tenia á la sazón 18 años) dió mucho que admirar al concurso todo.

Espectáculo de muy diverso género presentó la plaza nueva el día 21 de enero de 1624, en el *auto de fe* (el primero de que se hace mención en ella) celebrado por la Inquisición para juzgar al reo Benito Ferrer, por fingirse sacerdote. A esta ceremonia asistieron los consejos y autoridades, con todo el séquito de costumbre, los familiares de la inquisición y las comunidades religiosas; y el reo fué quemado vivo en el brasero que se formó fuera de la puerta de Alcalá. Otro *auto de fe* se menciona en 14 de julio del propio año en que fué condenado Reinaldos de Peralta, buhonero francés. Este fué sentenciado á garrote y luego quemado su cadáver.

Entre las varias fiestas reales celebradas en aquella época, merece mencionarse las de toros y cañas, que hubieron lugar en esta plaza á 12 de octubre de 1629 para celebrar el casamiento de la misma infanta doña Maria (antes ofrecida al príncipe de Gales) con el rey de Hungría, á cuya fiesta asistió la misma infanta, y acabada aquella, salió de Madrid para reunirse con su esposo en Alemania.

El día 7 de julio de 1631 fué bien trágico para la plaza Mayor; pues habiéndose prendido fuego en unos sótanos cerca de la carnicería, tomó tal incremento que corrió hasta el arco de Toledo, desapareciendo en breves horas todo aquel lienzo. Duró el fuego tres días; murieron doce ó trece personas y se quemaron mas de cincuenta casas, cuya pérdida se valuó en un

millon y trescientos mil ducados. No bastando los socorros humanos, acudieron á los divinos, llevando á la plaza el Santísimo Sacramento de las parroquias de Santa Cruz, San Ginés, y San Miguel, y levantando altares en los balcones, donde se celebraban misas. Colocáronse también las imágenes de nuestra señora de los Remedios, de la Novena y otras varias, siendo extraordinaria la agitación y pesadumbre que tan trágico suceso ocasionó en todo el vecindario.

Sin embargo, no por eso dejaron de correrse pocos días después los toros de Santa Ana, en la misma plaza, á 26 de agosto siguiente: los reyes mudaron de balcon, y asistieron á la fiesta en uno de la acera de los Pañeros, porque en la casa Panadería habia enfermos de garrotillo; y sucedió que á lo mejor de la fiesta, corrió rápidamente la voz de: *fuego en la plaza*, ocasionada por el humo que veían salir de los terrades, y era á causa de que unos esportilleros se habian colocado á ver la fiesta sobre los cañones de las chimeneas del portal de Mauleros y Zapatería. La confusión que esta voz produjo, por el recuerdo de la reciente catástrofe fué tal, entre los cincuenta mil y mas espectadores que ocupaban la plaza, que unos se arrojaron de los balcones, otros de los tablados; en las casas de Zapatería reventaron las escaleras, muriendo en todo y estropeándose multitud de personas; y gracias que el rey conservó la serenidad y permaneció en su balcon, mandando continuar la fiesta para asegurar á los alucinados.

Otro *auto de fe* celebró en esta plaza la inquisición de Toledo el día 4 de julio de 1632 con asistencia de la Suprema y de los Consejos de Castilla, Aragon, Italia, Portugal, Flandes y las Indias. Juzgó en este auto á 33 reos por diversos delitos de herejía, cuya relacion imprimió el arquitecto Juan Gómez de Mora. El rey y su familia asistieron á esta solemnidad en el balcon séptimo del ángulo de la Cava de San Miguel.

A consecuencia de la causa de conspiración contra el estado, formada al duque de Híjar, don Rodrigo de Silva, al general don Carlos de Padilla, y al marqués de la Vega, fueron degollados en público cadalso los dos últimos en la plaza Mayor, el viernes de noviembre de 1648.

Muchos otros acontecimientos y fiestas tuvieron lugar en la plaza durante el largo reinado de Felipe IV; pero la mas señalada sin duda fué la solemne entrada pública de la segunda esposa doña Mariana de Austria el 13 de noviembre de 1643. La pomposa descripción de los adornos de la carrera, arcos, templetes, teatros, danzas y máscaras, puede verse en el analista Pinelo que la describió con su acostumbrada prolijidad. Basta decir que en la calle de las Platerías se armaron dos grandes gradas ó mostradores, donde el gremio de plateros colocó joyas y alhajas riquísimas, por valor de mas de dos millones de ducados.

El reinado de Carlos II, el de los hechizos, ni durante su larga minoría, ni después que tomó las riendas del gobierno, prestó ni pudo prestar á la corte de España aquel colorido brillante, poético y caballeresco que el anterior, distando tanto el carácter é inclinaciones del nuevo monarca, de las que su padre habia ostentado toda su vida. La austeridad y la tristeza ocasionados por la enfermiza constitución de Carlos y por su espíritu apocado, se reflejaron sensiblemente en toda la monarquía, y el público madrileño ocupado unas veces con las intrigas palaciegas del P. N. tard y de Valenzuela, otras con los regios celos de doña Mariana y don Juan de Austria, y posteriormente con las dolencias y escrúpulos del rey, sus conjuros y su impotencia, apenas tuvo ocasion de presentarse en la plaza Mayor aquellos magníficos espectáculos de que tan grata memoria conservaba.

Hubo, sin embargo, algunos paréntesis halagüeños en aquella época severa y monacal; y tal fué sin duda el que ocasionó el regio enlace de Carlos con la princesa Maria Luisa de Orleans.

Pero antes debemos hacer mención de otro episodio desgraciado de esta plaza, y fué un segundo incendio ocurrido en la noche del 20 de agosto de 1672, que devoró muchas casas y la real de la Panadería, la cual fué levantada de nuevo en el espacio de diez y siete meses, bajo los planes y dirección del arquitecto don José Donoso, uno de los corruptores del buen gusto, de que tanto abundó aquella época; si



jen en este edificio, conservándose la planta baja que era de Gomez de Mora, trató el Donoso de imitar en las demas la construccion antigua, con los mismos tres órdenes de balcones, y uno corrido en el principal, y las dos torrecillas en los extremos del edificio. La escalera es ancha y magestuosa, y los salones tienen magníficos artesones, pintados á competencia por el mismo Donoso y Claudio Coello. Desde el reinado de Fernando el VI ocupó estas salas la Academia de San Fernando, hasta su traslacion á la calle de Alcalá; y hoy están ocupadas por la de la Historia, con su rica biblioteca y escogido monetario. Pero volvamos á Maria Luisa de Orleans.

La solemne entrada de esta desgraciada reina en 13 de enero de 1679 sirvió de ocasion al pueblo madrileño para desplegar su natural alegría, y á la corte de España para ostentar aún las últimas llamaradas de su antigua grandeza.

En una antigua relacion del viaje de la reina, publicada por una de las señoras francesas de su comitiva, se lee lo siguiente: «Luego que S. M. estuvo adornada con los diamantes de ambos mundos, y cuando se hubo puesto un rico sombrerillo adornado con plumas blancas y realzado con la famosa perla llamada la *Peregrina*, la mas gruesa y bella de las perlas célebres, montó en un brioso alazán andaluz que el marqués de Villamayna, su caballerizo mayor, llevaba de la brida. La riqueza del traje añadía nuevos encantos á la belleza y magestad de la reina, y toda ponderacion es poca para pintar la grandeza y el lujo de su comitiva. S. M. hizo un ligero alto al pasar por delante de la casa del conde de Oñate, para saludar al rey y á su madre que estaban en sus balcones. En seguida se dirigió á Santa María, donde el cardenal Portocarrero entonó un solemne *Te Deum*.»

«Al salir de la iglesia, la reina pasó por bajo de varios arcos triunfales, y entró en la plaza del Palacio en medio de las aclamaciones de un inmenso pueblo. Pomposos carros y graderías con muchos personajes alegóricos, fábulas y emblemas, la enviaban las felicitaciones mas cordiales; los magistrados y autoridades, ricamente vestidos, la arengaron en español y en francés; el ayuntamiento la ofreció las llaves de la Villa; y los grandes de España acudieron á cumplimentarla con todo su magnífico séquito. Llegada á palacio, el rey y su madre bajaron á recibirla al pie de la escalera, y despues de haberla abrazado tiernamente, la condujeron al salon real, donde toda la corte se postró á sus pies y besó respetuosamente su mano.»

Entre la multitud de festejos celebrados con este motivo, las fiestas reales de toros, que tuvieron lugar en la plaza Mayor, fueron acaso las mas señaladas. Otra autora francesa contemporánea dá, acerca de esta fiesta, las pinceladas siguientes.

«La plaza Mayor, circundada por un extenso tablado, y decorada magníficamente con elegantes colgaduras, ofrecia un golpe de vista mágico: al ruido de las músicas, y entre la animada agitacion de la multitud, fueron ocupando los balcones que les estaban señalados, las autoridades de la Villa, los Consejos de Castilla, de Aragon, de la Inquisicion, de Flandes y de Italia; las embajadas de todas las cortes; los jefes y servidumbre de la casa real; los grandes y títulos del reino. Ricos tabaques henchidos de dulces, de guantes, de cintas, abanicos, medias, ligas y bolsillos de ámbur llenos de monedas de oro, eran ofrecidos á las damas convidadas por S. M.; y por todas partes reinaba un movimiento, una alegría, imposibles de pintar. Al aspecto de aquella plaza que traía á la memoria los antiguos circos del pueblo rey; de aquellas ricas tapicerías; de aquellos balcones llenos de hermosuras; de aquellos caballeros gallardeándose sobre bellos caballos andaluces, y luciendo á la vez su magnificencia y su destreza, Maria Luisa pudo gloriarse un momento de ser la soberana de un pueblo tan noble y tan galán.»

«Luego que el rey y la reina hubieron tomado asiento en su balcon, la guardia de archeros y de la lancilla hizo el despejo de la plaza: entraron en seguida cincuenta toneles de agua que la regaron, y la guardia se retiró bajo el balcon del rey, conservando aquel peligroso puesto durante toda la corrida, sin mas accion de defensa que la de presentar al toro en espesa fila las puntas de sus alabardas, y si el animal muerre á impulsos de estas, sus despojos son para los soldados. Seis alguaciles ricamente vestidos y sobre li-

geros caballos atravesaron luego la plaza para traer á los caballeros que debian lidiar: otros recibieron de las manos del rey las llaves del toril, y fueron á desempeñar su comision, no sin señales visibles de pavor, á la vista del toro que, abierta la compuerta, se lanzaba á la plaza con toda la ferocidad de su instinto.»

«Entre los caballeros en Plaza se hallaban el duque de Medinasidonia, el marqués de Camarasa, el conde de Rivadavia y otros grandes, y un jóven sueco, (el conde de Konismark) hermoso, valiente, y que atraía las miradas de todos por la magnificencia de su comitiva. Componíase de doce caballos soberbios conducidos por palafreneros, y seis mulas cubiertas de terciopelo bordado de oro, y que llevaban las lanzas y rejoncillos. Cada combatiente tenia igualmente su comitiva, y todos estaban ricamente vestidos con variados colores y plumajes, bandas y divisas. Cada caballero llevaba cuarenta lacayos vestidos de indios, ó de turcos, ó de húngaros, ó de moros. Esta comitiva paseó la plaza y se retiró despues á la barrera.»

«No bien el primer toro se presentó en la plaza, cuando una lluvia de dardos arrojadizos, llamados banderillas, cayeron sobre él excitando el furor de la fiera con sus vivas picaduras. Corria entonces á buscar al caballero, el cual le esperaba con una pequeña lanza en la mano; hincaba su punta en el toro y quebrando el mango daba airosamente una vuelta y burlaba esquivando la furia del animal: un lacayo presentaba entonces al caballero otro rejoncillo, y volvía á repetirse la misma suerte; el toro fuera de sí, ciego de cólera, se adelantó una vez rápidamente hácia el conde de Konismark: un grito general se oyó en toda la plaza: la reina, no pudiendo resistir este espectáculo tan nuevo, se cubrió la vista con las manos: el jóven resistió con la lanza el primer ímpetu del toro; pero insistiendo éste sobre el caballo, cae revuelto con él, en tanto que un diestro vestido á la morisca llama la atencion del animal y le pasa la espada tan felizmente que la fiera cayó redonda á sus pies. Las músicas resonaron de nuevo, las aclamaciones frenéticas de la multitud poblaron los aires, y el rey arrojó una bolsa de oro al intrépido matador. Seismulas adornadas de cintas y campanillas arrancaron en seguida al toro muerto fuera de la arena; los lacayos retiraron al conde de Konismark herido, y el drama volvió á empezar con un segundo toro.»

Contraste formidable con esta fiesta, presentó en el año siguiente, aquella misma plaza, con el memorable auto de fe de 30 de junio de 1680. La relacion de esta trágica escena, publicada por José del Olmo, es demasiado conocida y anda en manos de todos, para que nos detengamos en renovarla. Diremos solo que en ella, como en el último alarde solemne de su poderío, ostentó la suprema Inquisicion todo aquel aparato terrible, á par que magnífico, con que solia revestir las decisiones de su tribunal. Desde las siete de la mañana hasta muy cerrada la noche, duró la suntuosa ceremonia del juramento, la misa, el sermon, la lectura de las causas y sentencias. El rey y la reina (aunque esta última debe suponerse que á despecho de su voluntad tierna y apasionada) permanecieron en los balcones de la Panadería las doce horas que duró aquel terrible espectáculo; y lo mismo hicieron los Consejos, Tribunales, Grandes, Títulos y Embajadores, etc.

La descripcion minuciosa de las ceremonias, y el aspecto soberbio é imponente que presentaba la plaza, henchida de espectadores; la noticia de los nombres, cualidades, causas y sentencias de los reos, que ascendieron á mas de ochenta, de los cuales 21 fueron condenados á ser quemados vivos, todo ello puede verse en la ya citada relacion de José del Olmo, testigo de vista y funcionario en la ceremonia. Concluida esta, los 21 reos condenados al último suplicio, fueron conducidos al quemadero, fuera de la puerta de Fuencarral, durante la ejecucion de las sentencias hasta pasada la media noche.

El siglo XVIII, comenzó para la monarquía española con un cambio de dinastía, de política, y hasta de usos y costumbres; pues con la muerte de Carlos II sin sucesion directa, acaecida en 1700, entró á ocupar el sòlio español la augusta casa de Borbon representada por el duque de Anjou, solemnemente proclamado bajo el nombre de Felipe V.

La famosa guerra que tuvo que sostener catorce

años con varias potencias de Europa para hacer valer su derecho, se hizo sentir harto en el pueblo de Madrid que, en medio de sus desgracias, le manifestó siempre una fidelidad á toda prueba. La plaza Mayor vió alzarse tabladitos para la solemne proclamacion de Felipe, y luego por los reveses sufridos por sus armas tuvo que presenciar tambien los que alzaron los austriacos para proclamar á su archiduque; y hasta miró atravesar al mismo, mas como fugitivo que como triunfador, cuando habiendo entrado en Madrid el dia 29 de setiembre de 1710, se volvió al campo desde la plaza, quejándose de que no habia gente que saliese á recibirle.

Terminada, en fin, la contienda en favor de Felipe, y asegurado éste en el trono español, dedicó sus cuidados á embellecer la capital y promovió tambien aquellos regocijos propios de un pueblo tan principal; pero como sus costumbres é inclinaciones estaban mas en analogía con las francesas que habia visto en la niñez en la espléndida corte de su abuelo Luis XIV, no fueron tan comunes en su reinado las fiestas de toros, cañas, y comedias públicas, y hasta llegó á prohibir las primeras, y mandar aplicar á las necesidades de la guerra los gastos que se hacian en la representacion de los autos sacramentales durante la octava del Corpus.

Huyendo instintivamente de todo lo que le recordaba á la casa de Austria, su antagonista, edificó nuevo palacio real: desdeñó profundamente el buen Retiro y Aranjuez; creó un nuevo Versalles en San Ildefonso, y hasta mandó labrar su sepulcro en él, por no ir á reposar con sus antecesores en el regio panteon del Escorial.

La plaza de Madrid, ya destituida de la importancia de aquellos actos de ostentacion, se convirtió en mercado público, y cubriéndose de cajones y puestos para la venta de toda clase de comestibles, solo en alguna ocasion solemne de entrada de reyes, coronacion ó desposorio, solia despejarse y volver á servir de teatro á las fiestas reales. Tal sucedió en el pasado siglo á la proclamacion de Fernando el VI, á la entrada de Carlos III el 13 de julio de 1760; últimamente á la jura del principe de Asturias, despues D. Carlos IV, su proclamacion, y en alguna otra ocasion análoga.

Pero á fines del mismo siglo, otra tercer catástrofe vino á destruir gran parte de esta hermosa plaza; tal fué el violentísimo incendio que empezó en la noche de 16 de agosto de 1790 y de que aun conservan algunos ancianos dolorosa memoria. Todo el lienzo que mira á oriente y parte del arco de Toledo desaparecieron completamente, y las desgracias y pérdidas fueron imposibles de calcular.

Pero de esta misma desgracia, nació la necesidad de reedificar bajo una forma mas elegante y sólida los dos lienzos ya dichos; los cuales han servido de modelo para la conclusion de los demas que aun o n tinúa en la parte que mira al poniente; termina a l a cual, quedará la plaza con un aspecto bello y magestuoso.

El siglo actual no carece tampoco de episodios brillantes para la plaza, y tal puede llamarse el de las funciones reales celebradas en ella el 19 de julio de 1803 con motivo del casamiento del principe de Asturias don Fernando (despues VII) con la infanta doña Antonia de Nápoles.

Durante la invasion francesa continuó sirviendo esta plaza de mercado general, hasta que se trasladó á la plazuela de San Miguel, y tambien de teatro de los suplicios de los patriotas españoles condenados á muerte por el gobierno de José. En 1812 vió levantarse arcos triunfales para recibir las tropas anglo-hispano portuguesas al mando de lord Wellington. A los tres dias de su entrada, el 13 del mismo agosto se publicó en ella solemnemente la Constitucion política de la monarquía española, promulgada en Cádiz á 19 de marzo del mismo año, y se descubrió sobre el balcon de la Panadería la lápida con la inscripcion en letras de oro «PLAZA DE LA CONSTITUCION.» Esta lápida fué arrancada y hecha pedazos el dia 11 de mayo de 1814 con gran algazara; y en aquel mismo dia alzaban los vendedores de la plaza tres arcos de verdura para recibir á Fernando VII de regreso de su cautiverio. En marzo de 1820 fué de nuevo restablecida la Constitucion, y colocada una nueva lápida con toda solemnidad y una alegría frenética, y en 24 de mayo de 1823 fué vuelta á arrancar con estrépito á la entrada del duque



de Angulema y del ejército francés, sustituyendo en su lugar otra que decía «PLAZA REAL».

Pero antes de esta última escena había sido teatro la plaza de otra memorable en la noche del 7 de julio de 1822 en que se trabó una reñida acción entre la Milicia Nacional y la Guardia real, sosteniendo aquella la Constitución, y esta al rey absoluto; de que resultó vencedora la primera en las tres calles que hoy son conocidas por los nombres del *Siete de Julio*, del *Triunfo*, y de la *Milicia Nacional*.

Todavía los hijos de este siglo hemos llegado á tiempo de presenciar en esta plaza una de aquellas magníficas fiestas reales de toros en que ostentaba su magestad la antigua corte de dos mundos, y las celebradas el 20 de junio de 1833 y siguientes para solemnizar la jura de la princesa de Asturias (hoy reina doña Isabel II) pudieron sin duda competir en magnificencia y deslumbrador aparato con las mas famosas de la corte de Felipe IV; su relacion será leída por los venideros con el mismo placer que hoy leemos las de aquella época.

Por último, habiendo muerto en 29 de setiembre de 1833 el rey Fernando el VII, fué proclamada solemnemente en esta plaza su augusta hija doña Isabel II, por reina de España y de las Indias, y publicada luego la Constitución de la Monarquía, volvió á colocarse otra lápida aplicando por tercera vez á la plaza este nombre á costa de tanta sangre disputado.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.



## DESPEDIDA DE CUBA.

Apacible ciudad que yo adoro,  
manso cielo de amor y alegría,  
en continua y eterna agonía  
de tus muros me es fuerza partir.  
Mas el triste suspiro del alma  
oírás abrasando sediento,  
los espacios callados del viento  
cuando vaya lejano á morir.

Cuando huya de tí... un consuelo,  
solitario... perdido en el mundo,  
el destino insondable, iracundo,  
su terrible rigor calmará:  
y el ardiente raudal de mi lloro,  
desde el alma, copioso torrente,  
como brota la trémula fuente,  
en continuo abrasar correrá.

¡Oh recuerdos que amé desde niño,  
¡oh mi pátrio adorado terreno,  
azulado horizonte sereno,  
¡cuánto tiempo en ausencia estaré!...  
¡cuánto tiempo, mis lánguidos ojos  
llorarán en lejanos lugares!...  
¡cuánto tiempo, mis cándidos lares  
sin miraros así viviré!...

Si difícil se apura el tormento  
de la mar en su furia terrible;  
si difícil su fuerza invencible  
es al naufrago osado sufrir:  
así es duro apurar el destino,  
que iracundo destruye mi gloria,  
y que oprime mi triste memoria  
cuando voy desgraciado á partir.

Alejado de tí, mi María!...  
angustiado, infeliz, suspirando,  
en la pálida tarde llorando  
¿qué delicia tendrá el corazón!  
¿qué verán conturbados mis ojos?  
¡qué sonidos la misera alma!  
¡qué momentos tendré yo de calma,  
ya perdida tan grata ilusión!...

¡Qué cabeza podrá el llanto mio,  
inundar de placer sollozando!  
¡y qué labios podrán suspirando  
mis delirios así comprender!...  
¿En qué frente veré tus sonrisas?  
¿en qué virgen veré tu ternura?  
¿y en qué sueños de eterna dulzura  
se podrán mis delirios ya ver?...

¿En ningunos!... Cual sombra engañosa  
cruzaré por mi mente angustiada  
¡tanta hermosa ilusión ya pasada  
que al partir en dolor llevaré!...  
y mi Cuba y mi amor inocente  
bajarán en mi mente á la tumba,  
cuando al fin, dolorosa sucumba  
esta vida de horror que apuré.

Apacible ciudad... ¡mi María!...  
gratos sueños de amor deliciosos;  
ya no mas es veré voluptuosos  
al llegaros risueños á mí.  
Ya no mas... lastimeros suspiros  
lanzaré sin miraros sagradas  
¡dulces prendas, por mí tan amadas!...  
dulces prendas ¡gran Dios! ¡qué perdí!...

Quejumbroso mi tético labio,  
al lanzar postrimeros el gemido,  
con la muerte, infeliz, adormido,  
ni os podrá de dolor pronunciar;  
y en la tumba estareis con mi llanto,  
y vosotras sereis el lamento,  
que en las tardes tranquilas, el viento  
llevará por las ondas del mar.

JOSE GUELL Y RENTE.



## LOS NIÑOS Y LOS PASTORES.

Fuera de la poblacion  
unos niños á batirse  
salieron, por divertirse,  
formando doble faccion.

Venció de la villa el bando  
al del barrio, y á pedradas  
á las fuerzas humilladas  
tenaz las fué dispersando.

Tranquilos espectadores  
de la victoria y furor  
del partido vencedor  
se hallaban unos pastores.

Eran de la vecindad  
del bando que sucumbiera;  
y que un niño lo supiera  
quiso la fatalidad.

En vano fué su inacción:  
del combate á la señal  
«mueran los del arrabal»  
les hieren sin compasión.

Un porte tan inhumano  
con quien no fuera enemigo,  
aunque del contrario amigo,  
pone la honda en su mano.

Trábase rudo combate:  
únese el disperso bando,  
y dobles fuerzas cobrando  
al vencedor busca y bate.

Y el que abusó neciamente  
del triunfo de su partido  
por aquel fué destruido  
á quien persiguió inclemente.

No se muestren opresores  
ni abusen de la victoria  
los partidos vencedores,  
conservando en la memoria  
los niños y los pastores.

P. F. BAEZA.



## NOVELA.

### Á UN PÍCARO OTRO MAYOR.

#### VIII. (Conclusion.)

—¿Os atreveis á negarlo?  
—Apartaos, vuestra presencia me horroriza.  
—Hablemos con calma, señora. Si mi sospecha es infundada, si estais pronta á pensarlo, seguidme y sostenerlo delante del mismo Jaime: de lo contrario, omitid digresiones y confesadme la verdad.

—Estoy pronta á seguiros.  
Mauricio quería apurar su indagacion, viendo hasta qué punto llegaba la sinceridad de la jóven.

—Venid, la dijo, agarrándola de la mano y sacándola de su cuarto. El caso en que nos vemos, exige tambien este esfuerzo de vuestra parte.

La condesa se dejó conducir: pero al atravesar uno de los salones principales de la casa, se le ocurrió la idea de si aquel hombre la habria tendido alguna nueva red de la cual fuese pretexto aquel extraño y rápido incidente, y temerosa de sus consecuencias, se decidió á no continuar adelante.

—¿Por qué os deteneis? exclamó Mauricio, seguidme.

—No, no, replicó la jóven resistiéndose.

—Luego es cierto, luego al ver formalizada la prueba no os atreveis á arrostrar el fruto de un engaño.

—Os juro que soy inocente.

—Eh! Ya os dije que eso no me bastaba.

—Soltadme!

—¿Dónde están esas cartas? Esas cartas!

—Me haceis daño! soltad mi mano!

—Por la primera vez de mi vida me obligais á castigaros. Hablad ó no respondo de lo que pueda suceder.

—No sé lo que me preguntais!

—Pronto, respondedme.

—Nada sé, nada sé!

—Entonces...

Mauricio se disponia á arrojar contra el suelo la condesa y se detuvo de repente. Un lacayo apareció en la puerta del salon diciendo:

—El capitán Grimaldo.

—El enviado de Cataluña! repuso Mauricio: señora, prudencia y disimulo.

Apenas tuvo tiempo la condesa para reponerse de su agitacion, porque el nuevo personaje entró en seguida saludando con elegante cortesía. La figura del capitán era en extremo interesante y la hacia mucho mas la espesa y negra barba que contra la general costumbre de aquel tiempo le ocultaba casi todas sus facciones.

—El señor conde me dispensará, dijo á Mauricio, si le molesto con mi venida.

Un rayo no hubiera causado el distinto y terrible efecto que produjo á la vez en la condesa y en Mauricio el acento de aquel hombre; este por su parte, al fijar su vista en el uno y en la otra quedó tambien inmóvil y sin creer lo que estaba mirando.

Un silencio sepulcral reinaba. Cada cual deseaba romperlo, todos sin embargo, juzgándose mutuamente engañados, comprendieron lo que debian hacer: callaron para mejor disimular.

Mauricio les aventajó á los otros porque estaba muy



acostumbrado á encubrir los mas vehementes instintos de su alma y dirigiéndose al capitán, le contestó con suma afectación...

—Muy lejos de molestarte, caballero, es un gran honor para mí el poder seros útil: hace pocas horas me avisaron de vuestra llegada y como tengo orden de facilitaros ciertos fondos... Cómo va la guerra?

—No tan bien como algunos creen, replicó el joven haciendo un violento esfuerzo.

—Y vos marcháis á Londres...

—Esta noche misma; y el tiempo es tan corto para despachar mi comisión...

—En efecto, pronto va á oscurecer. Traéis las letras?

—Tomad.

Mauricio recibió varias letras de cambio de manos del capitán.

—Soy con vos al instante, le dijo. Dignaos tomar asiento que voy á mi despacho para abreviar cuanto antes este asunto. Con vuestra licencia...

En seguida salió y cerrando con llave y silenciosamente la puerta que daba á los corredores, se internó en un gabinete inmediato al salón y se puso á escuchar por unas vidrieras cubiertas de elegantes sederías. La situación de Mauricio era en aquel momento crítica y complicada. El joven venía armado, Jaime ya no se prestaría á nada absolutamente y Felipe y aun él mismo no eran suficientes para cometer un atentado en medio del día, á vista de sus criados porque el escándalo inutilizaría la empresa; además su posición, su propio interés, todo le aconsejaba probar un medio astuto y eficaz para conseguir su objeto en lance tan inesperado.

Al verse solos, el capitán y la condesa por un movimiento simultáneo y poseídos de un placer y de una conmoción indefinible, dieron un grito y se arrojaron mutuamente en sus brazos.

—Enrique!

—Isabel!

Las lágrimas bañaban las mejillas de entrambos amantes, el gozo inundaba sus corazones, no tenían palabras para explicarlo ni miradas para que lo expresasen, ni alma bastante fuerte para resistir aquella sin igual ventura.

Un recuerdo terrible se agolpó á la imaginación de la condesa, y la memoria de su esposo se le representó con mas vivacidad que nunca. Enrique no dejó de comprenderlo, pero ni la ocasión ni el lugar era á propósito para detenerse en inútiles palabras. El joven supo de una manera sucinta los acontecimientos sucedidos entre Mauricio y la condesa; ésta á su vez oyó de En-

condesa, ya que la suerte los libra del castigo. Renuncio á todo por ser vuestro esposo, busquemos en lejanos países la paz y la felicidad que por tanto tiempo anhelamos. Seguidme, Isabel: lo rehusareis también ahora?

—No, Enrique; el cielo que conoce la pureza protegerá nuestro deseo, huyamos... pero cómo?

—En este instante es imposible: ese traidor lo impediría válido del poder y autoridad que goza... pero dentro de media hora... cuando haya anochecido preparadlo todo. Yo volveré, os avisaré con dos palmadas en la puerta de este mismo salón, y á favor de las sombras... Silencio, ya está aquí, no olvideis la señal.



Mauricio que no había perdido palabra de cuanto los jóvenes hablaban, volvió al lado de ellos con semblante risueño y apacible. Ya traía concebido su plan.

—Caballero, le dijo á Enrique, he examinado las letras que os habeis dignado entregarme y las encuentro suficientemente acreditadas; pero como quiera que no soy yo la única persona que ha de facilitar sus fondos en esta ocasión, aunque abuse de vuestra bondad, os suplico que os tomeis la molestia de volver dentro de media hora y sereis servido como cumple á nuestro deseo.

—No tengo inconveniente, repuso Enrique.

—Siento haberos hecho esperar.

—La compañía de vuestra esposa ha compensado con usura estos cortos instantes. Estoy á vuestras órdenes, señor conde... señora...

El capitán saludó respetuosamente y se marchó enseguida. Mauricio le dijo á la condesa: volved á vuestro cuarto, he desistido de mi empeño por ahora; pero no os lisonjéis de que dentro de poco pueda acontecer lo mismo. Permitidme...

Y ofreció con cierta seriedad mezclada de hipócrita cortesía su mano á la condesa, acompañándola hasta dejarla en su habitación.

—Es decir, exclamó volviendo solo por los vastos corredores de la casa; es decir que por todos lados me cercan peligros y asechanzas, que mis enemigos se reúnen y se aprestan cuando menos lo esperaba para derribarme y perderme!... Ya veremos. Aun puedo, si la suerte no me abandona, vengarme á un tiempo mismo de todos ellos. No. Felipe me es ahora absolutamente necesario, y esta noche, cuando el capitán penetre en mi casa... Un golpe certero.... Pero antes despachemos con Jaime, que es el mas temible. Oh! me provocan, y no saben que mi alma no sucumbe á ninguna consideración humana.

Ya había llegado á la puerta de la habitación de Jaime, que le esperaba sentado junto á una mesa, sobre la cual ponía Felipe en aquel momento dos botellas y dos vasos de plata. Mauricio tuvo buen cuidado de ver si la botella mas grande estaba en el sitio donde iba á colocarse, según se lo previno á su ayuda de cámara, y en efecto, la orden había sido cumplida. Felipe dejó solos á los dos antiguos camaradas.

—Estoy admirado, dijo Jaime á Mauricio, de esta visita, y á fé mia que no esperaba se dignase el señor conde renovar por un breve momento nuestros antiguos ratos de ocio.

—Y por qué no? Acaso porque me has visto esta mañana enojado contigo? Jaime, soy muy franco y quisiera que tú también lo fueses.

—Habla.

—Apuremos antes un vaso de vino.

Mauricio se sirvió á sí propio con la botella grande, y vió con indefinible alegría que Jaime llenó su vaso con la otra.

—A tu salud.

—A la tuya.

Entrambos bebieron.

—Decías que fuese franco contigo. Sepamos en qué he de serlo.

—Jaime... Dos cartas importantes me han faltado del sitio en que estaban escondidas.

—Yo las tengo; continúa.

—Pero ya conoces que es preciso me las devuelvas al momento, dijo Mauricio reconcentrando su ira.

—No es muy fácil.

—Las has puesto precio?

—No lo tienen.

—De nada pueden servirte.

—Yo creo que de mucho.

—Jaime, nuestra amistad reprueba esas contestaciones.

—Brindemos á nuestra amistad, Mauricio.

—Sea.

Otra vez llenaron los vasos, apurando hasta la última gota. Un reloj dió las siete.

—Qué hora es esta?

—Las siete, señor conde.

—Las siete! Ese hombre no debe tardar; qué es eso, Jaime? por qué no bebes? Qué haces que no llenas tu vaso?

Mauricio sentía una impaciencia inexplicable, y no dejaba de observar si el rostro de Jaime sufría la menor alteración.

—Acabemos, dime el precio de esas cartas; sea cual fuere estoy pronto á satisfacerlo.

—De veras?

—Te lo juro. Qué valen esos papeles, responde, qué valen?

—Tu vida.

—Miserable!

—Sabes, Mauricio, en qué pienso en este instante?

—Dí, di pronto, no puedo permanecer aquí mas tiempo.

—Cómo! No quieres presenciar mi agonía?

—Jaime!... Qué dices?

Jaime se echó á reír á carcajadas.

—Me han vendido!... gritó Mauricio sintiendo ya los terribles efectos del veneno. Traidores!...

—Lo propio hubiera yo dicho de tí, contestó Jaime con una frialdad inaudita, si en vez de trocar el con-



rique no solo las pruebas de su inocencia en la muerte del conde sino el cómo fué conducido preso á Madrid y por qué feliz casualidad al ocupar el archiduque la corte de España mandó soltar de las prisiones á sus partidarios, llevándose consigo á Cataluña á cuantos quisieron seguirle.

Los momentos eran preciosos: Enrique debía darse á la vela dentro de pocas horas para Inglaterra.

—Huyamos de vuestros perseguidores, le dijo á la



tenido de estas botellas me hubiese dejado seducir por tu perfidia.

—Felipe!... criados!... exclamó Mauricio con la mas honda desesperación. Oh! nadie viene! Por favor, Jaime, vuélveme la vida... la vida, y te daré cuanto poseo.

Al decir esto cayó de rodillas arrastrándose hasta los pies de su asesino.

—No; replicó éste, todo lo que posers va á ser mio



sin que tú me lo ofrezcas... ¡Ya lo ves, me engañas-te hace dos años, quisiste burlarte de mí... pero no reflexionabas que para un pícaro hay siempre otro que lo es mas.

—Jaime... por Dios... tú mismo te engañas... tal vez á estas horas...

El ruido de un carruaje que corría á todo escape resonó por el empedrado.

—¡Ah! gritó Mauricio, son ellos... se van!...

—¿Quién es? preguntó Jaime.

—Enrique... y la condesa.

—Enrique!

—Sí, está aquí... un buque español... le espera... Me han... burlado!...

Mauricio ya no existía.

—¿Qué escucho! exclamó Jaime lanzándose fuera de su cuarto. Felipe, pronto, Felipe!

Este acudió á las voces de su camarada.

—Mauricio muerto! dijo al verle tendido en el suelo.

—Sí, contestó Jaime, la fortuna me favorece.

—Pues bien, cumple lo prometido. Las alhajas de la condesa...

—La condesa acaba de fugarse con su amante!

—Voto al demonio!... repuso Felipe rabioso y desesperado. Con que todo lo he perdido!

—No sabemos, sígueme, evitemos que logren embarcarse.

—Jaime, añadió Felipe con voz ronca y amenazadora, evitémoslo, porque yo no pierdo impunemente la felicidad de toda mi vida.

Los dos compañeros corrieron presurosos hacia el muelle de Lisboa, y al pisar los peñascos mas próximos al mar, surcó ligera ante sus ojos la nave que conducía á Londres á Enrique y la condesa.

—¡Mirálos!... ellos son! gritó Jaime. Han burlado nuestra astucia! Nada podemos hacer! nada nos resta!

—La venganza!... exclamó Felipe, hundiendo traídoramente su puñal en el pecho de Jaime, que asiendo con violencia á su amigo, cayó al mar con él. Felipe luchó en vano con las olas, y muy pronto desaparecieron entrambos.

La noche era clara y silenciosa. De vez en cuando se percibía el sordo rumor de las aguas, el arrullo del viento y la voz de algun alegre marinero entonando su canción favorita. En tanto el que español se alejaba tranquila y magestuosamente hasta desaparecer en el espacio inmenso de los mares.

L. OLONA.



## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

### EL REY DON PEDRO.

#### ARTÍCULO I.

Preocupaciones sobre este rey.—Exigencias del estudio de la historia en el siglo XIX.—Cronistas de don Pedro.—Observaciones generales sobre la marcha de la civilización y de la política de Castilla.—Estado en que esta se hallaba á la muerte de don Alfonso XI.—Don Pedro.—Revueltas suscitadas por don Blanca y por sus hermanos.—Muerte de don Pedro.—Observaciones generales sobre este fatal suceso y consecuencias que produjo.

Acostumbrados desde los primeros sueños de la infancia á escuchar el nombre de este rey de Castilla entre las maldiciones de las viejas, cuyos horribles cuentos nos han cerrado mas de una vez los ojos, po-

seidos de terror; enseñados despues por nuestros padres y maestros á repetirlo siempre envuelto entre la indignación y el desprecio; viendo en todas partes un monstruo sanguinario que jamás saciaba su encono, hemos llegado cuantos por desgracia pasamos ya de los veinte y cinco años, á la edad en que el pensamiento del hombre quiere alimentarse de sí propio, en que la razón examina y justifica las tradiciones, armada del escalpelo de la crítica y en que se sacude el yugo de la autoridad, para descender al campo de los hechos y para sacar de ellos legítimas consecuencias.—El siglo en que vivimos, menos crédulo que los tiempos de nuestros mayores, ha impreso por otra parte en los estudios históricos el sello de la filosofía: los que ahora cultivan este ramo del saber humano, quizá el mas importante, no se contentan ya con averiguar el año y el día en que se dió una batalla ó se perdió un reino. Exige la época que se investiguen las causas de semejantes acontecimientos y quiere saber sus consecuencias, para evitar aquellas y para tomar saludables lecciones de estas. El estudio de la historia ha dejado de ser, en una palabra, motivo de pasatiempo; la historia ha venido á ser la ciencia mas fecunda.

En tal siglo, con tales exigencias y principios hemos vuelto nosotros tambien la vista sobre ese rey eternamente infamado, cuyas manos aparecían manchadas aún de sangre y cuyo corazón debía ser tan feroz como el de una hiena.—Al contemplar espectro semejante, no pudo menos de latir amedrentado nuestro pecho, retratándose en nuestra imaginación con el mas negro colorido el lujo de Alfonso XI.—Pedro Lopez de Ayala le habia conocido; pero habia militado bajo las rebeldes banderas de su hermano don Enrique.—Los demas cronistas habian seguido ciegamente su autoridad, autoridad acatada tambien por Mariana.—La historia escrita condenaba á don Pedro; las tradiciones populares no le eran mas propicias.—Recurrimos pues, á otras pruebas para conocer á un personaje de tanto bulto.—La historia de la civilización española fué la piedra de toque que elegimos, obteniendo felizmente los resultados que apetecíamos. Consideramos á don Pedro como rey; examinamos el estado en que se hallaba entonces el elemento monárquico comparado con los demas que constituían la sociedad castellana, y de esta comparacion y del estudio de las épocas anteriores, dedujimos dos grandes consecuencias ó mejor dicho una sola probada *ab anteriori* y *á posteriori*.—La muerte alevosa recibida por don Pedro en los campos de Montiel retrajo la marcha de la civilización española por el espacio de mas de un siglo. Hé aquí lo que vimos á sacar en claro y lo que nos proponemos probar ahora.—Para conseguirlo necesitamos echar una rápida ojeada sobre la historia, comenzando desde la derrota de Guadalete.

Cayó España bajo el poder de la muchedumbre africana y hundiéndose en los campos de Jerez el corrompido sòlio de los godos para renacer al mismo tiempo la monarquía española en las montañas de Asturias. Allí el trono, esa institución salvadora y benéfica apareció por encanto y sirvió de guía y de escudo á los buenos patricios que habian jurado morir antes que sujetarse al pesado yugo de los extraños. Peleaban los españoles en nombre de su patria oprimida; y este mágico nombre inflamaba sus valerosos pechos, despertando las ideas de su independencia y de su poder antiguo.—Tenían fé en sus creencias religiosas, tenían amor patrio y no titubearon un instante en lanzarse á una lucha tanto mas incierta cuanto

eran mas escasos sus recursos y mas corto el número de sus combatientes. Pero aquellos héroes no entraban solamente en las batallas con sus armados cuerpos; combatían por la tierra y por el cielo al par y era imposible que dejarán de vencer en tan sagrada lucha. Así fué que de victoria en victoria, de conquista en conquista, echaron muy en breve los cimientos á la nueva monarquía española y se vieron respetadas las enseñanzas de los cristianos, ofreciendo al mundo el espectáculo grandioso y extraordinario de un pueblo que funda su nueva existencia sobre los desmoronados restos de su antigua gloria.—Difícil era sin embargo la empresa que habia osado acometer don Pelayo en Covadonga, y grandes los conflictos en que se encontraron sus descendientes á vista de un enemigo aguerrido, experto y numeroso, que era por otra parte el depositario del saber de los antiguos pueblos. Pero nada pudo contener su magestuoso ímpetu: serviales de aguijón el ejemplo de sus padres y anidaban en sus corazones los recuerdos de sus proezas, exaltados por la religion, cuyo pensamiento era el móvil mas poderoso de sus inauditas empresas.

Mas el pueblo cristiano no solamente conquistaba las ciudades y los castillos, conquistaban tambien los españoles la ilustración y la cultura, que habian perdido dominados por la corrupción, y recobraban la dig-

nidad de hombres, vejada y escarnecida por los últimos reyes de la nación goda.—Verdad es, que la constitución de un pueblo guerrero, de un pueblo conquistador, no puede menos de infundirle un carácter militar y que la disciplina del ejército pasó en España á ser la ley de las villas y aun de las ciudades por algun tiempo. Pero tambien lo es, y en este punto llamamos la atención de nuestros lectores, que en la Península no se creó, no se desarrolló el *feudalismo* de la misma manera que en otros países y que hubieron menester desde luego los señores de la ayuda de los *vasallos* para conservar la posesión de sus riquezas y castillos, haciéndolos en cambio importantes concesiones.—Por esto no puede decirse estrictamente hablando que existió en España *feudalismo*, ni que el dominio de los señores llegó á ser tan humillante como en otros países para los pueblos que iban poco á poco sacudiendo el yugo de la servidumbre mahometana.

Halláronse los reyes á su vez en un estado semejante al de los señores respecto á estos, y fuéles preciso su ayuda para dar cabo á la colosal empresa que iban heredando de padres á hijos. Pero no contentos los magates con las concesiones que recibían del trono y lisonjeados con la gloria del poder, no tardaron en trabar con la potestad real una lucha encarnizada en la cual fueron unas veces vencidos y se mostraron otras como vencedores.—Parecían sin embargo ser los reyes los representantes de la *unidad*, y por una rara contradicción se ofrecían á vista de los pueblos como defensores de la *libertad* los mal reprimidos magnates.—Rechazaban estos con todas sus fuerzas el poder regulador que los tenía á raya intentando destruirle ó reducirlo cuando menos á la impotencia para saciar despues sus ambiciones particulares y oprimir sin freno alguno al mismo pueblo, á quien aparentaban defender, mientras le cercenaban sus derechos.—La anarquía era siempre el cuadro que presentaba la naciente monarquía, cuando lograban ofuscar por algun tiempo el esplendor de la corona: la anarquía era el único fruto que podia producir en España el *feudalismo*, siempre que faltaba en el trono una mano fuerte que reprimiera las demasías de los grandes.

Esta lucha continúa, que renacia á cada paso, que cada día era mas encarnizada, no pudo menos de conmover profundamente los cimientos de la sociedad española.—Los reyes sintieron la necesidad de atender á su conservación propia y á la conservación del Estado y tendieron la vista en su alrededor para buscar un puerto en donde salvarse: los pueblos contemplaron quemados y saqueados sus hogares, menospreciados sus derechos, violadas sus virgenes, y buscaron en tan espantosas revueltas un faro á donde encaminar sus miradas. Los reyes y los pueblos se contemplaron: comprendieron mutuamente sus necesidades y nació esa alianza santa, que habia de quebrantar despues las cadenas de la patria, para que se levantara España á la vista del mundo; grande, feliz, poderosa, sabia y temida.—Concibieron los monarcas castellanos, dominada ya la pujanza sarracena y dueños de una gran parte de la Península, el gran pensamiento de dar al pueblo en la *nación* la importancia que habia logrado alcanzar en las *municipalidades* y *concejos*, para que sirviese de valla á la altanería de los nobles, dando de esta manera una intervención activa al elemento democrático en el gobierno del Estado.—La nación que hace treinta y cuatro años escandaliza á la Europa con sus desaciertos, tuvo la gloria de ofrecerle el ejemplo de un gobierno representativo por los años de 1215, cuando casi todo el mundo dormía en la mas profunda ignorancia.

Caminaron desde esta época, que debe considerarse como el gran punto de partida de la civilización española, unidos el trono y el pueblo, amenguando algun tanto la preponderancia de los revoltosos próceres: viéronse todos los derechos mas respetados; tomó el comercio, pobre é indeterminado hasta entonces, un incremento considerable; respetóse y garantizóse convenientemente la propiedad, y la misma nobleza prestó á la sombra de los estandartes de los reyes importantes servicios, á pesar de su constitución viciosa. El mismo espíritu de independencia que la traía inquieta fué el móvil de grandes empresas, llevadas á cabo gloriosamente en beneficio del Estado.—Expuesto el territorio cristiano á las violentas incursiones de los sarracenos, habian menester los pueblos de capitanes que los condujesen á la pelea y en ninguna parte podían encontrarlos mas bien que en una nobleza, entregada exclusivamente al arte de la guerra y animada del mas ardiente entusiasmo por la gloria de las armas. La nobleza cooperaba de este modo á fortalecer, aunque sin advertirlo, los dos elementos que le servían de barrera y habian de ahogarla mas adelante.

Este es el resumen de las observaciones que nos suministra la historia del pueblo cristiano hasta principios del segundo tercio del siglo XIV, época en que



governaba la monarquía castellana Alfonso XI, á quien algunos historiadores y filósofos han tachado de severo en demasía.—Alfonso, escarmentado con los ejemplos que le ofrecían los reinados de sus abuelos, había domado la altanería de sus magnates: comprendiendo que el pensamiento capital de la monarquía era la *unidad*, había tratado de reducir á él todos los demás elementos de gobierno. Para darle vida, para robustecerlo había tendido su mano protectora sobre el pueblo, levantándola mas de una vez airada sobre su nobleza. En tal situación se hallaba Castilla, cuando asaltó la muerte en el cerco de Gibraltar al nieto de doña María de Molina, de aquella mujer magnánima, que había combatido cuerpo á cuerpo con la anarquía, restableciendo por dos veces el trono de San Fernando.

Con la muerte del rey Alonso, pasó la corona de Castilla á las sienes de su hijo don Pedro. La corona tenía sobre sí pesados compromisos y grandes obligaciones: pesaba sobre ella la suerte de las provincias, y era responsable ante los pueblos de la sangre que habían estos derramado en su defensa. Los nobles veían en el trono un rey joven, á quien juzgaron sin experiencia y sin valor, á quien pensaron humillar fácilmente.—Pero no vieron que el rey don Pedro había heredado de su padre una voluntad firme, que no doblegaba ningún poder humano; no advirtieron que había heredado el mismo odio á las demasías de la nobleza, cuyo poder miraba solamente como una usurpación afrentosa. Escudados con la madre del joven monarca, cuya cabeza no era capaz de comprender la situación del trono, y cuyo pecho anhelaba ejercer un dominio absoluto en los negocios del Estado, emprendieron los nobles la obra de la reconquista de su poder mermado.—Desde el momento en que puso el rey el pie en el trono de sus mayores, opusieron una tenaz resistencia á todos sus actos, y juzgando que triunfarían de él fácilmente, solo consiguieron exasperarlo y despertar al león que aparecía dormido.—Las escenas de Sevilla ocurridas en aquellos primeros momentos hubieran debido bastar para retraer á la nobleza de su nuevo empeño; pero estaba ya decidida su suerte y la del trono: arrojó insensata el guante al impetuoso monarca y comenzó la lucha cruel, encarnizada.

¿Y quién puede acusar al rey don Pedro de las consecuencias que produjeron estos escandalosos atentados? ¿Quién se atreverá á echarle en cara el haber aceptado un reto semejante y el haber cumplido con la *misión*, que tenían que llevar entonces los tronos?... Para dominarle mas fácilmente intentaron, apoderados ya del ánimo de la reina su madre, darle esposa de su mano contrariando sus inclinaciones y pusieron los ojos en la casa real de Francia. Partieron por embajadores para llevar á cabo este proyecto el obispo de Burgos y don García de Albornoz y verificáronse al poco tiempo los desposorios entre doña Blanca y don Pedro. Pero la hija del duque de Borbon tardó en el viaje mas de un año y esta tardanza dió lugar á que el vulgo asegurase que había tenido amores en el camino con don Fadrique, hermano bastardo del rey, á quien había enviado para recibirla. Dijose también que había sido fruto de esta pasión criminal un don Enrique, á quien en Sevilla no parió, sino crió una judía llamada Paloma. Don Pedro supo estas habillitas, don Pedro vivió solos dos días con doña Blanca en Olmedo, abandonándola sin despedirse de ella, lo mismo que lo había hecho antes en Valladolid, donde se verificó el matrimonio; doña Blanca era sin embargo en extremo hermosa.—Omitimos nosotros el sacar de estos hechos las consecuencias que arrojan naturalmente, y dejamos á nuestros lectores el cuidado de hacerlo como mejor les agrade.—Los grandes y la reina tomaron por suya la injuria que suponían recibida por doña Blanca de Borbon y resolvieron poner enmienda en ella, viéndolo por otra parte que se les escapaba el poder de las manos.—Tomaron en esta demanda la mano los hijos bastardos de don Alfonso y levantaron las ciudades y los castillos contra su rey, ensangrentando á Jaén, Córdoba, Cuenca, Talavera y Toledo, que fué la primera capital que lanzó el grito de rebelión contra don Pedro. Lograron los nobles tener á este como aprisionado en Toro, alejaron de su persona todas las que merecían su confianza, y sin tener en cuenta que faltaban á los mas sagrados derechos, le obligaron á aceptar vergonzosas condiciones, que solo podían tener valor mientras durase la esclavitud en que le tenían.—Recobró al cabo su poder en 1356 y los ejemplares de su justicia fueron terribles, inmensos como la saña que habían encendido en su pecho, como el odio que profesaba á los tiranuelos que infestaban á Castilla.

A las revueltas promovidas só color de defender á doña Blanca, siguieron las conspiraciones diarias, los crueles castigos, los desacatos de todo género cometidos con mengua de la autoridad real: los hermanos que antes habían seguido al parecer la causa de

los caballeros, amparando á doña Blanca, se declararon entonces como enemigos irreconciliables, obligaron á don Pedro á cometer desaciertos que jamás hubiera intentado y alzaron el pendon de la rebeldía, convocando á los magnates para destronar al legítimo monarca.—Se empeñó entonces una nueva lucha; pero mas encarnizada: quebrantáronse los mas santos juramentos, hechos por los bastardos á su hermano, arrojáronle del reino de sus mayores y la cobarde daga del conde de Trastámara abrió el costado del hijo de Alfonso Onceno, subiendo despues á ocupar el trono donde se había sentado San Fernando y llevando en su frente el espantoso borron del fratricidio.—Tal es el tejido de escandalosos hechos que presenta el reinado de aquel príncipe que parecía nacido para labrar la ventura de Castilla, reinado que comprende el espacio de quince años, en que lucieron muy pocos días serenos para don Pedro, en que apenas se levantó un día del lecho sin que vinieran á darle cuenta de alguna rebelión nueva.

Y no se nos arguya diciendo que estas rebeliones fueron provocadas por su crueldad: muchas pudo haber evitado á tener mas experiencia y templanza; pero ni el rey don Pedro podía cambiar la constitución de la nobleza á no destruirla enteramente, ni pasó á sus sienes la corona de Alfonso VIII libre de tan pesadas condiciones.—La lucha era precisa, inevitable: don Pedro no podía esquivarla sin abandonar el puesto en donde le había colocado la Providencia.—A su favor estaban la razón y la justicia; su causa era grande y noble, era la causa de la humanidad y de la libertad á un mismo tiempo. Sucumbiendo en tan reñida contienda, cumplió como bueno; pero su muerte al paso que perjudicó los intereses de la civilización y avergonzó á sus enemigos, les dió armas para tejer toda clase de imposturas, para presentarlo con el mas odioso colorido y para invocar contra él el odio de la posteridad que creyó sin exámen y aborreció injusta.

Caliente estaba aun la sangre de don Pedro, cuando ya se principiaron á sentir los efectos de su muerte.—El rey bastardo que antes de su ominoso triunfo había lisonjeado á los nobles y magnates, tuvo que cumplirles despues tan poco patrióticas ofertas, colmándolos de honores y mercedes, poniendo á su disposición las ciudades, las villas y las fortalezas y entregándoles los tesoros y las rentas públicas. ¡Digno precio en verdad de la traición y de la alevosía de que se mostraban tan ufanos!—Estos hechos que todavía no ha calificado la posteridad de don Enrique, ofrecen para el filósofo larga materia de estudio: estos hechos produjeron las consecuencias que debían producir infaliblemente, no sabiendo nosotros si dar el título de *insensato* ó de *pérfido* al personaje que se presenta como protagonista en tan sangriento drama.—Parecía imposible que la obra que tan difícilmente habían levantado los mas dignos monarcas de Castilla, á costa de los mayores sacrificios y derramando torrentes de sangre, viniese por tierra á impulso de un hombre que había arrebatado para sí el título de rey, y que la honrosa heredad de los Alonsos y Fernandos fuese entregada tan impiamente en manos de sus mayores enemigos.—El fruto obtenido por la monarquía de don Pelayo en el espacio de seis siglos y medio, en que el trono había ido conquistando laboriosamente sus derechos y los del pueblo, desapareció al espirar don Pedro al pie de las torres de Montiel, y aquella bandada de aves de rapiña, que habían revoloteado inútilmente al rededor de Alfonso VIII, Fernando III y Alfonso XI, cayó con rabioso encono sobre su presa, entonando el himno del triunfo, al poner la planta sobre el cuello de sus víctimas.

Bien conocemos nosotros que estas ideas hallaran una oposición fuerte en aquella parte de nuestros lectores, que solo conocen el reinado de don Pedro por las crónicas, escritas en su tiempo, las cuales han servido despues de fundamento á los historiadores para sus obras.—Pero sobre recusar nosotros la autoridad de Lopez de Ayala, enemigo cruel del hijo de Alfonso XI, primer autor que escribió su crónica, tenemos para probar la exactitud de nuestras doctrinas toda la historia de Castilla, desde la muerte de don Pedro hasta el feliz reinado de los reyes católicos, que comprendiendo el pensamiento político que había heredado aquel monarca de sus mayores, dieron el golpe de gracia á la nobleza, cuya obra completaron despues el cardenal Cisneros y el rey don Carlos de Austria.—Examinese, pues, ese largo periodo y digásenos qué es lo que en él se encuentra; digásenos si el cuadro que presenta Castilla en el espacio de un siglo, en que contó cinco soberanos, no causa al mismo tiempo compasión y vergüenza.—Se quiere saber lo que había entonces en España?... Había una grandeza opulenta capaz de sostener sobre las armas ejércitos formidables que peleaban contra los reyes, para apoyar las pre-

tensiones de sus dueños: había un pueblo oprimido y vilipendiado: había un trono débil, pobre y mirado con menosprecio: un Enrique III, que no tenía para los gastos de su casa, un don Juan II que se veía obligado á decapitar al mas leal de sus servidores, el cual mirando el ejemplo de don Pedro había intentado poner á raya las insolencias de los grandes, y un Enrique IV cuya estatua era ajusticiada públicamente por aquella chusma de señores que no reconocían mas ley que su capricho, ni mas derecho que la fuerza.

Doloroso es decirlo: á semejante estado quedó reducida la monarquía castellana en aquellos tiempos.—El trono semejante á un joven, á quien de repente quitan todas las fuerzas aparecía exánime é impotente y hubiera sucumbido á no dudarlo, sino se hubiese asentado en él Isabel la Católica, la mas esclarecida de las reinas.

Vése pues demostrado cómo la muerte del rey don Pedro fué un acontecimiento funesto para Castilla, habiendo retraído la marcha de la civilización española por el espacio de siglo y medio, abriendo las puertas á la anarquía feudal, valiéndonos de esta palabra, y dando al traste con la obra colosal levantada por san Fernando, rey que aparece á nuestra vista como el primer campeón de la libertad de Europa.—Hé aquí cómo nosotros comprendemos á ese rey, conocido por la multitud por una caricatura monstruosa, que ha cuidado de ensangrentar sus enemigos. Los que siguen la escuela fatalista en historia nos dirán acaso que don Pedro murió asesinado, porque debía suceder así infaliblemente; nosotros rechazando en parte esta proposición añadiremos: «murió porque debió morir, es cierto: la Providencia quería que el pueblo español pasase por tan terribles pruebas, antes de mostrarse grande á la faz del mundo.»—¿Pero hemos de renunciar por esto á la investigación de los hechos, para sacar de ellos lecciones, fecundas siempre para el porvenir?—Esto sería desprestigiar enteramente el estudio de lo pasado, abjurar del espíritu de nacionalidad que anima á todos los pueblos, y en una palabra olvidar como cosa inútil los recuerdos gloriosos que son siempre móvil de elevadas acciones.

En el siguiente artículo consideraremos á don Pedro teniendo presente las mas autorizadas tradiciones y las obras dramáticas á que ha dado motivo tan colosal personaje.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

## LA TEMPESTAD.

### SONETO.

¿Qué legion infernal los aires hiende lanzando por do quier hondo gemido? por qué al rayo de un sol descolorido maléfico vapor al mar descende?

La atrevida gaviota el vuelo tiende tiembla el globo en sus ejes conmovido, de las hinchadas olas al bramido súbita catarata se desprende.

Brilla en el éter misteriosa lumbre estalla el huracan... retumba el trueno sobre las alas de aquilon sañudo...

Póstrase ante el altar la muchedumbre de angustioso pavor el pecho lleno, Sublime tempestad! yo te saludo.

ROBUSTIANA ARMIÑO.





## UN VIAJE

## 2. LAS PROVINCIAS VASCONGADAS ACOMODANDO LAS NARICES EN FRANCIA.

## ARTICULO VII.

## BAYONA DE FRANCIA.

Mas de una vez si han sido dos, y menos de dos si una, habrá oído decir el lector, «voy ó vengo de Bayona» á los paletos ó lugareños que pasan y repasan el Tajuña por la antigua barca de Arganda ó el nuevo puente colgante de idem. Pensando caritativa-

y acertadamente, les habrán perdonado el cambio de *ll en y*; pero acaso nunca les haya ocurrido creer que en un mal borrico y en menos de cuatro horas se pudiese ir y venir desde Madrid á la primer ciudad de los Bajos-Pirineos. Tanta razon les asiste para pensar así á los que no sepan que en España, y á cuatro leguas de la corte, tenemos una poblacion llamada Bayona, como me sobra á mí para haber puesto un apellido al epígrafe de este artículo que marque la naturaleza y vecindad del nombre. Si los lectores quisieren negarme la razon en esto, siempre me concederán las licencias necesarias para preguntar, (*sotto voce* se entiende):—Qué le falta á España para ser lo mismo que Francia, contando varias poblaciones como Tolosa, Leon y Bayona, hermanas de pila de *Toulouse, Lion y Bayonne*; un paseo en Madrid, llamado París, una literatura gabacha, vestida á la

francesa, y mas mercachilles que casas?—Quereis caminos de hierro?... El gobierno ha dispuesto que cada cual los haga á su costa, sin exigir mas que la frutosa de seis millones de reales en garantías. Buscáis telégrafos?... El otro dia los ví yo estampados en un periódico. Deseáis?... Pero qué habeis de desear, queridos compatriotas, si lo teneis todo y algo mas! Vais á una *soirée* hechos unos *dandys*, tras de las *lionnas* y en menos tiempo que se afina un fagot, os encontráis con un *raout*, en el que cada *plateau* es... como un ramillete español. Si os apetece almorzar en el campo, os vais al *chateau* del Espíritu-santo, improvisáis allí un *matine-danzant*, y cargue el diablo con la concordancia, donde las *caporosas* señoritas A... E... I... O... U... (el alfabeto entero) os hacen ilusion, (oficio que no paga contribuciones) con sus *ilusionantes negliges*.



Y Sancho-Panza consiente, y es posible que le cuadre, que así destroze esa gente el idioma de su padre?

Diera yo un almuerzo á escote (invencion nueva y *frappant*) por llevar á don Quijote á una *matine danzant*.

Qué sería del *Cható* si el manchego frenesí tiraba un tajo al *plató* y una lanzada al *dandi*?

«*Lionnas* á mí? diría  
«el que acometió leones;  
«déjenme por vida mia  
«solo con esós *garzonnés*.»

«Y agradezcan el fagot  
«el *Raut* y la *suaré*  
«que no mato mas de un *sot*  
«porque están en *negligé*.»

«Mas desde la tumba reto  
«al miserable que crea  
«mas bella qué *Dulcinea*  
«una letra de alfabeto.»

Sobrada razon tendria el héroe manchego para indignarse con nuestra algarabía, y no le asiste poca al lector que tuvo la bondad de acompañarme hasta Bayona, y ahora se vé perdido por mi culpa en este mare-magnum de letras, de las cuales pocas ó ninguna sirven á mi propósito. Voy pues á cumplir con los lectores, y perdóneme Cervantes si no puedo hacer otro tanto con él; pero quién se conserva puro entre esa plaga de nombres que diariamente pasan el Piri-neo? Apenas hay una docena de personas en toda España, que pudieran ser útiles para perseguir ese escandaloso contrabando que hasta por las bardas del diccionario de la Academia se ha de introducir el dia que se les antoje á nuestros matuteros.

Pero no es *ápropos*, que hablemos de esa calamidad cuando la patria de Enrique IV, y de Bernadotte, conquistada á la mitad del siglo XV por Carlos VII espera con impaciencia nuestra visita. Los lindísimos alrededores de Bayona nos seducen demasiado al pasarlos rápidamente empaquetados en



la diligencia, y justo será que apenas descansenos un momento, salgamos á observarlos con detencion; pues segun los informes que traemos, la antigua capital de los vascos, es una verdadera fruta francesa: hermosísima y lozana por de fuera; vana y desabrida por de dentro.

Los gendarmes (primera cosa que se ve al entrar en Francia, única que se sigue viendo por todas partes, y última que se pierde de vista al repasar la frontera) comisionaron uno de sus individuos, para que sin pestañear siquiera, nos recogiese los pasaportes, dándonos en cambio una tarjeta que decia *reçu du paseport*. Atravesamos en seguida dos de los muchos puentes que tiene Bayona, y dando fondo en la casa mensajería de los señores Dotezac hermanos, nos vimos cercados de improviso por una caterva de mozos, que en todos los idiomas del mundo menos en español ni francés, solicitaban conducir nuestro equipaje á las diversas fondas que se encuentran en Bayona. Uno reclamaba la palabra que segun él le habíamos dado antes de llegar allí: otro con el sombrero en la mano pretendia habernos visto varias veces en aquel lugar, y se brindaba á enseñarnos todas las preciosidades de Bayona que no son muchas; el de la derecha nos engañaba di-



ciéndonos por medio de gestos, que el de la izquierda nos había engañado ya, y el mas diestro finalmente, cargó con nuestro equipaje y nos condujo... A dónde nos había de conducir?... a la casa mas necesitada de parroquianos; a la *rue Ouesque, chez Madame Mlle. veuve Richy*. Encareciéndonos por el camino la bondad de las patronas; lo cual no queria decir que la casa no necesitaba encomios, sino que era como las mujeres feas, de las cuales no se puede decir otra cosa sino que son amables. Felicitábase el mozo en nombre mio de que no hubiese proporcion de alojamiento en el *hotel Saint-Etienne*, en la *fonda del Comercio*, ni en la de *Saint Martin*, y a todo esto ibamos subiendo los 70 escalones que separaban mi habitación futura de la que había tenido hasta entonces en Bayona. Salíonos a recibir la se-

conductor de oficio de los españoles que llegan por primera vez a Bayona, y mas cándidos ó menos altivos que yo se dejan llevar por aquel hombre de Herodes á Pilatos. Diles las gracias á ambos por su oficioso obsequio, y sin padre ni madre, ni perrito que me ladre, como suele decirse, me fui á pasear un poco por *Bayona la grande* y *Bayona la chica*; pues amen de tres barrios y el departamento de *Landes*, así está dividida la madre patria de la *bayoneta*.

Apenas puse el pié en la calle me encontré indeciso sin saber qué direccion tomar, y abandoné al aire un puñado de tierra, pensando seguir el rumbo del viento; pero quiso el polvo (que como Vds. saben es la última palabra del universo) lucir su peso específico, y con menosprecio de la densidad del aire, que no era floja, fue perpendicularmente á buscar su centro de gravedad. Si aquello queria decir que lo mejor de Bayona eran los cimientos, y darme á entender que debía visitarla subterráneamente, no lo sé; pero de todos modos, no hice caso alguno de la direccion del polvo, y tomando por la izquierda, me encontré de nuevo en la plaza de Armas. Allí me detuve un momento, á examinar

lo poco que de remarcable había, y llegando al gran café de los españoles, me vi cercado de un sin número de estos que estaban comiendo el pan amargo de la emigracion en anchas tazas de café y sendas copas de rom. Hasta entonces no había podido averiguar, por qué amargaba el pan de la emigracion á los que tenían la desgracia de comerlo!—No me detuve á indagar el color político de aquellas gentes, porque ya sabia yo que mandando los moderados, debían ser progresistas cuando menos. En esta clase de ecuaciones españolas, conocido uno de los datos está resuelto el problema. Ocurre muchas veces que los emigrados, empiezan á ser delincuentes, cuando han cumplido ya su destierro; pero eso importa poco ó nada; el caso es que apenas triunfa un partido, manda á sus enemigos, ó á los que quiere que lo sean, á Francia para que estudien... la manera de hacer lo mismo con sus jueces el día de la venganza. Este tira y alfoja está sucediendo en España hace mucho tiempo, y acabará... cuando Dios quiera; pero lleva trazas de ser eterno. Hoy día, que son filósofos consumados los niños de 15 años, y diputados á córtés y ministros, los hombres juegan á «Ladrones y Carabineros» ó lo que es lo mismo, á ser un día el verdugo y otro la víctima. Entretanto los países hospitalarios se enriquecen, los pueblos extranjeros se estien den considerablemente, y aquí, si mandamos nos comemos los codos de hambre, y si obedecemos ó pensamos obedecer al gobierno nos dicen que el silencio es criminal y que cuando uno calla es señal de que está revolucionando. (Esto con arreglo á la lógica moderna porque el *sentido comun*, dice clara y terminantemente que el que calla, no dice nada).

El edificio que está en frente es de gran extension y de linda forma, y en él viven casi democráticamente los cómicos, los alcaldes, la aduana y la gendarmería. La parte mas fuerte allí es la de los primeros, y en vez de tomar aquella gran arca de Noe, el nombre de *mairie*, toma el de *teatro*. No es cosa lo del ojo, y se le había caído al mar. La verdad es que allí negocié yo por la tarde mi pasaporte, y allí nos cantaron de noche la *Lucta di Bayona*, creyendo los cantantes que era la de *Lammemoor* la que descuartizaban. Alójase allí tambien el ayuntamiento, con varias otras dependencias civiles y militares; siendo aquello lo que en Madrid se entiende por la casa de *Tócame-Roque*. Mientras entregamos el recibo del

pasaporte en la *Mairie* recogiendo en cambio el documento original para llevarlo despues á casa del consúl de España, con dos pesetas de *quantes*, nos ocurrió pensar en la manera de hacer por la vida de cualquier modo que fuese; pues no queríamos nosotros que el estómago volviese á España hablando mal de Francia, ó diciendo que ya no era moda atender á esa clase de necesidades. Llamaban en la fonda del Comercio á *table d'hôte* y allí me fui yo derecho á ver si las mesas redondas de Francia eran mejores que las de España: y por lo que vi entonces, y no he olvidado aún, pláceme decir que sí. Fuimos en seguida á dar un paseo por los alrededores, y quedamos prendados de su belleza y amenidad, principalmente en el paseo llamado *les Allées marines*.

Concluida la ópera, mucho mas tarde que la paciencia de los espectadores, dimos la vuelta á casa de madame Richy, que acompañada de su hermosa hija, tuvo la feliz ocurrencia de darme conversacion hasta la media noche. Empezó su discurso por decir que los españoles debían tener mucho dinero y acabó diciendo que no sabia de dónde sacaba España tanta riqueza; pues Bayona no estaba conocida desde que habían empezado las emigraciones en España. Encargóme muy principalmente que visitara al día siguiente la catedral, la sinagoga y la casa de la moneda, y dándome un librito para que me reconciliase el sueño, antes de irme á la cama, me hicieron ambas patronas el saludo mas profundo y mas cortés que se ha hecho jamás á hombre alguno en el mundo.—Titulábase el tal libro *Españoles y Franceses*, y era una coleccion de cuentos varios, entre los que se hallaba uno titulado el *conde de Penaparda*. En él se hablaba del *Escorial* y de la *Francesita*, y en suma era una anécdota del año 1724 en la que jugaba Luisa de Orleans, viuda de Luis I.—No es mi ánimo entretener el de mis lectores con el análisis crítico de una obra que por casualidad vino á mis manos en Bayona, y que por lo tanto nada tiene que ver con el objeto de estos artículos; pero como la ocasion es calva, y á quien no se procura Dios no le ayuda, y no hay plaga peor que la ignorancia y el ignorante orgulloso es una calamidad insufrible, de ahí resulta que por no incurrir yo en esa falta quiero consultar con mis lectores ciertas cosas de las muchas que no pudo pescar el ángulo



ñorita de Richy, rubia como unas candelas y jóven como una niña de 18 años; tendimos una mirada escudriñadora por el nicho que se nos preparaba, y todos los muebles nos parecieron soberbios, gracias al dije que nos los presentaba. Nada había sin embargo de estrepitoso, salva sea la papalina del ama de la casa, que llegó allí apenas se hubo marchado el conductor del equipaje; segura de que el reclamo de su hermosa hija no tenía efecto retroactivo. —Algo indigesta era en verdad la cara de la patrona, pero la patroncita tenía unos ojos azules, capaces de hacer olvidar todos los negros del mundo.



Diéronme al momento todo lo necesario para sacudir las orejas en una jofaina de agua, y cuando me disponia á salir para dar un paseo por la poblacion volvió el mozo del equipaje á presentarme un manco de la izquierda, y aun de la derecha (S. V. P.)



obtusos de mi entendimiento.—En primer lugar no me conformo con que los franceses crean que la *n* y la *ñ* españolas son iguales y en vez de decir *peñaparda*, digan *penaparda* y se queden tan frescos por *anadidura*; porque si el titulo era misto de italiano y español y en vez de ser *peña-parda*, era *pluma-*



parda le faltaba una *n* á la penna. Asimismo me revelo contra la palabra *Duena*, por dueña, y no puedo sufrir que á los madrileños se les haga la injuria de suavizarlos llamándolos *madrilenos*. Paréceme indigno tambien que á los ahijados de san José se les cargue de acentos para llamarlos *Pépés*, y no puedo tolerar de ningún modo que á tres leguas de Madrid haya un pueblo que se llama *el Rozas*, siendo así que los españoles decimos las Rozas. En cuanto á que los héroes de la novela tomen *une capa* y se vayan á ver á las *camereras* y *afasatas* de palacio, nada me importa, porque el autor es muy *dueno* de equivocarse las pocas palabras españolas que cree conocer á la perfección; pero que una *muquer* venga *riforlando* con un *caballero*, ni lo entiendo, ni creo que lo entienda nadie tampoco. En suma la única palabra que me gustó de la dichosa novela fué la de *sarao* por *soirée*, pues al leerla creí vengado mi país, de lo que queda dicho en el preámbulo de este artículo.

A la mañana siguiente se dignaron mis patronas despertarme con la lectura de un periódico de literatura, titulado *Trilby*, gaceta de la ciudad y de sus alrededores, que habia empezado á publicarse aquellos días en Bayona. Tenia el tal periódico cosas excelentes, y las notas de las poesías eran de un género nuevo y curioso. Titulábase la primera de estas, *Le reve*, á *Z\*\*\** y era muy mala á la verdad; pero decia la nota.—*De tels vers n'ont pas besoin d'eloge*. En lo cual decian muy bien los redactores, pues elogiarse aquello, hubiera sido perder el tiempo en valde.

Apenas me hube vestido, me presentaron un libro de registro, sobre el cual se leian estas palabras: *Tous les voyageurs sont tenus d'inscrire ici leurs noms, professions, etc.* Cogi la pluma sin hablar una sola palabra, y fui llenando las casillas en la forma siguiente. —Nombre: Antonio.—Profesion: viajero.—Viene: de España.—Vá: á Francia.—Pueblo de su naturaleza: España. Con estas noticias quedarian satisfechos los que de antemano deberían estarlo con el pasaporte que me habian recogido al entrar en la poblacion. Para redundancias, vejaciones, ridiculeces y arbitrariedades todo el mundo es país!

Aquella misma mañana me fui á visitar los baños de mar de Bearriz, de los cuales hablaremos en el artículo general de baños que será el último de esta serie, y al día siguiente salté con direccion á Bordeaux, como se verá en el artículo siguiente.

A. F.



A LA SEÑORITA DOÑA ROBUSTIANA ARMIÑO.

## LA FLOR DEL AGUA.

¿Por qué tiembla?—No lo sabe.—  
¿Qué aguarda en el lago?—Nada.—  
de las aguas enlazada  
á los hilos su raiz,  
el movimiento suave  
de la linfa va siguiendo,  
la cabeza sumergiendo  
del agua al menor deslíz.

Así la halló la alborada,  
así la encuentra el lucero,  
siempre el esfuerzo postrero  
haciendo para bogar,

y en las olas la encallada  
vaga y frágil navecilla  
sin poder la florecilla  
impeler ni abandonar.

Movimiento que no cesa,  
ansiedad que se dilata,  
ni el agua que sus pies ata  
sostiene á la débil flor,  
ni deja, en sus olas presa,  
que vaya libre flotando;  
quiere que viva luchando  
siempre en continuo temblor.

¡Ya se inunda!... Ya se eleva!...  
¡ya la corriente la traga!...  
¡ya navega... ya naufraga!  
¡ya se salva... ya venció!  
¡ya el agua otra vez la lleva  
en sus urnas sepultada!  
¡ya de nuevo sobrenada  
en el agua que la hundió!...

Flor del agua; cuántas flores  
viven en paz en la tierra,  
sola tú vives en guerra  
en tu acuático jardín!  
Te da la lluvia temores,  
el manso pez te estremece  
y tu belleza perece  
sin gozar descanso al fin.

Robustina flor del lago,  
por amante, por cantora  
has venido en mala hora  
con tu lira y tu pasión;  
en el siglo extraño y vago,  
á quien vida y arpa debes,  
donde quiera que le lleves  
fluctuará tu corazón.

Que las cantoras primeras  
que á nuestra España venimos,  
por solo cantar sufrimos,  
penamos por solo amar;  
porque en la mente quimeras  
de un bello siglo traemos  
y cuando este siglo vemos  
no sabemos dó bogar.

Las primeras mariposas  
que á la estacion se adelantan  
y su capullo quebrantan  
sin aguardar al abril,  
nunca saben temblorosas  
á dónde fijar las alas,  
siempre temen que sus galas  
destruya el aire sutil.

Las ráfagas las combaten,  
las estrañan los insectos  
y de giros imperfectos  
si cansado el vuelo ya  
sobre las plantas abaten,  
buscando el capullo amigo,  
hallan que néctar ni abrigo  
la flor en boton les dá.

Las orugas que encerradas  
aun están en sus clausuras  
mañana al campo seguras  
podrán sus alas tender,  
mas aquellas desdichadas  
que antes cruzan la pradera  
morirán la primavera  
risueña sin conocer!...

¿Cuál es tu barca?—Una lira.—  
¿Qué traes en ella?—Sonidos.—  
¿Vuélvete, que no hay oídos  
para tus sonos aquí;  
vuélvete, jóven, y mira  
si en tu barca, mas sonoro,  
puedes transportarnos oro  
u otro cargamento así.

¿Quién te llama? ¿A qué nos vienes  
con peregrinas canciones?  
el trueno de los cañones  
del siglo el concierto es,  
y en vano sus anchas sienas  
pretendes ceñir de flores  
¡ay! sus pies destrozadores  
hollarán cuantas le des!

¿Vienes de nuevo, alma mía,  
qué traes en la barca?—Amores.—  
Torna á otras tierras mejores,  
torna el camino á emprender;  
si es oro nuestra poesia  
nuestros amores son... nada.  
Vé si la nave cargada  
de cetros puedes traer.

Que si no de amor, tenemos  
tan elevadas pasiones  
que sentimos ambiciones  
de un cetro cada garzon,  
y cada garzon podemos  
con nuestros genios profundos  
media docena de mundos  
hundir en una nacion!

¿Otra vez? ¿Qué traes ahora?...  
siempre en el mismo camino  
sobre el cauce cristalino  
en su barquilla la flor;  
así la dejó la aurora,  
así la encuentra el lucero,  
siempre en el afán primero,  
siempre en el mismo temblor:

Robustina, flor del lago,  
por amante, por cantora,  
has venido en mala hora  
con tu amor y tu cantar;  
que en el siglo extraño y vago  
á quien vida y arpa debes,  
donde quiera que la lleves  
puede el alma naufragar.

Mas escucha, no estás sola,  
flor del agua, en el riachuelo  
contigo en igual desvelo  
hay florecillas tambien;  
que reluchan contra el ola,  
que vacilan, que se anegan,  
que nunca libres navegan  
ni en salvo su barca ven;

Pero enlazan sus raices  
á la planta compañera,  
y viven en la ribera  
sosteniéndose entre sí,  
y cual ellas, mas felices  
desde hoy serán nuestras vidas,  
si las pasamos unidas,  
hermana, las dos así.

CAROLINA CORONADO.

Badajoz.







LA DIANA.

Deja ya el lecho, Galiana;  
mira que por verte bella  
está aguardando la estrella,  
la estrella de la mañana.

Sal; y verás como luego  
que la contemplan tus ojos,  
te cederá por despojos  
la púrpura de su fuego.

Gorgeando en tu ventana  
la canora golondrina,  
te está anunciando vecina  
la vuelta de la mañana.

Sal, que ya de sus albores  
dá la aurora las primicias,  
y comienzan sus caricias  
á ensayar los ruseñores.

Sal á pisar tus umbrales,  
porque la aurora te vea:  
sal; que de envidia le sea  
la gasa de tus cendales.

Sal, y verás de repente  
poner á tus pies sus tocas  
las nubes, y hasta las rocas  
doblarle su calva frente.

En los espesos jardines  
juguetando la brisa,  
torna ya su fresca risa  
á los marchitos jazmines.

Ya el horizonte se inflama,  
y de la antigua palmera  
ciñe la roja cimera  
con un círculo de llama.

Ya el sol pasa las alturas,  
y los valles requiriendo,  
vá de las cimas vertiendo  
un mar de oro en las llanuras.

Sal, y verás, mi Galiana,  
como buscando tu rastro  
vá por los valles el astro,  
el astro de la mañana.

Sal, porque el campo se ria  
cuando lo miren tus ojos:  
sal á dar al sol enojos  
con tu luz, Galiana mía.

Sal; que digan los amores  
cuando huelles la pradera  
«Nunca planta mas ligera  
pisó mas alegres flores.»

Sal; que murmuren las fuentes  
al reflejar tu arrebol  
«hemos visto mas de un sol  
mirarse en nuestras corrientes.»

Sal; que el campo y la mañana  
están á amar provocando:  
sal; que há mucho está llamando  
un suspiro á tu ventana.

GAVINO TEJADO.



Al señor D. Alberto Lista y Aragon,

dignísimo Regente de estudios del colegio de San Diego de Sevilla, por su ascenso al doctorado en teología y filosofía en la Universidad Literaria, en 9 de marzo de 1845.

EL DIRECTOR Y PROFESORES DEL MISMO COLEGIO.

Tú, que cruzaste con potente vuelo  
las inmensas al par que árdas regiones  
del saber, y extasiado á las mansiones  
tambien te alzaste del empero cielo;

Tú, de quien oye con ferviente anhelo  
la hispana juventud altas lecciones,  
de quien grata recibe en tus creaciones  
de vates y escritores el modelo;

Tú, cuyo nombre hasta el remoto polo  
llevó la fama, y con buril ardiente  
Grabó en doradas páginas la Historia;

Une á los lauros, que debiste á Apolo,  
esa doble corona refulgente,  
del Liceo y Sion timbre de gloria.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA,  
Profesor de filosofía.

VERSIONE DEL SONETTO PRECEDENTE.

Tu, che dell'erto e malagevol colle,  
ove risplende del saper la reggia,  
le vie varcasti, e di baglior fiammeggia  
l'eletta scranna che tuo merto estolle.

Tu, da cui pende numerosa greggia  
di giovani, ch' un tipo in te si volle  
chiaro per scienza e peregrino colle  
nitide virtudi ond' ei si freggia.

Tu, cui l'orbe, non che l'ispana gente,  
proclama a cittadin, e d'oro il nome  
verga e consacra l'universa istoria:

Unisci luminoso e risplendente  
altro serto, con che s'avran le chiome  
del Liceo e Sion pegno di gloria.

FRANCESCO ZOLEO,  
Professore d'italiano.

La lumbré pura del saber tu mente  
contino inspira; y el laud de Herrera  
y del dulce Rioja placentera  
oyó en tus cantos la española gente.

Mas no en tu pecho de ambicion ardiente  
se grabó nunca la fugaz quimera:  
que solo la virtud al genio diera  
rosas y mirto para ornar tu frente.

Modesto y blando de la pompa vana  
desdeñas siempre el orgulloso anhelo,  
que tanto el hombre por gozar se afana:

Y mientras desaparece el raudó vuelo,  
con lauro eterno el genio se engalana,  
y á las virtudes las corona el cielo.

JOSE MARIA FERNANDEZ,  
Profesor de filosofía.



RECUERDOS DE AMERICA.

FRAGMENTO.

América feraz, vergel del mundo,  
tierra de bendición, suelo de encantos;  
bello alcázar, prodigio sin segundo  
emblema de venturas y quebrantos.  
De oro y de perlas manantial profundo,  
tuya es mi inspiracion, tuyos mis cantos,  
rinda con ellos mi soñada ciencia  
homenaje mezquino á tu opulencia.

Tú, casto Arcángel, que del orbe miras  
pasar perdidas las contadas horas,  
y con las aguas de los mares giras  
y entre las aguas de su centro moras,  
y con tu labio céfiros respiras,  
y con tu luz su inmensidad coloras  
hiere mi sien con tu sublime aliento  
y átomo de tu voz, será mi acento.

Tú al perdido bajel, rumbo señalas;  
del piloto mitigas los afanes;  
ufano un día en tus flexibles alas  
surqué las ondas y vencí huracanes.  
Y hallé un confin de potentes galas,  
que coronan torrentes y volcanes;  
bosques vírgenes, pueblan ecos vagos,  
cisnes habitan sus profundos lagos.

Bajo el dosel de sus gigantes palmas  
hay de jazmines pintoresca alfombra;  
es solemne el silencio de sus calmas,  
de sus tormentas el rugido asombra,  
trueno la voz de Dios, temen las almas,  
pierden los ojos luz si ven su sombra,  
que dibuja á lo lejos en la cumbre  
de relámpagos mil cárdena lumbré.

Colosos rios sus cristales riegan,  
de escelsos montes á la inmensa falda  
y con jugo benéfico matizan  
sus contornos de rosa y de esmeralda;  
y en sus giros la tierra fecundizan  
tejiendo en ella espléndida guirnalda  
cuyas flores sin fin son en conjunto  
mansion amena y del Eden trasunto.

De aves sin cuento la escelencia abonan  
vivos esmaltes de amaranto y oro  
y semejan los signos que pregonan  
música dulce de celeste coro;  
cuantos matices de esplendor blasonan  
prendas son del insigne tocoloro  
gallardo es el sunsun, y en su plumaje  
púrpura ostenta el cardenal salvaje.

Privilegio es tambien de su comarca  
el influjo sentir de todo clima,  
allí el sol de los trópicos monarca,  
sauces y arenas con su fuego anima;  
otras veces allí la vista abarca,  
en llano aridez, nieve en la cima,  
ó dan los aires sobre el mismo suelo  
flores al campo y á las aguas hielo.

Fanales de sus noches solitarias  
sus mil ensayos, cual la luz brillantes  
del cielo desprendidas luminarias  
por su espacio infinito van flotantes  
sus riberas mostrando hospitalarias  
norte de los perdidos navegantes;  
y á ellas arriban y en hogar tranquilo  
hallan amor y fraternal asilo.

Reverdecen los mústios corazones  
dulce pais sobre tu amante seno,  
y las ya moribundas ilusiones,  
brotar se ven de tu recinto ameno  
cándidos tonos y apacibles sonos  
tus brisas traen con su bullir sereno,  
que halagan mi razon, mi fé sustentan  
y en mi arpa vibran y á cantar me alientan.

A. F. del Rio.



## Revista de la Quincena.

¡Lo que semos, compare!...  
 ¡Lo que semos!!!...  
 (Un gitano enseñándole á otro el esqueleto de un hueso.)  
 ¡Cuán presto se va el placer!  
 como después de acordado  
 da dolor!  
 Como á nuestro parecer  
 cualquiera tiempo pasado  
 fue mejor.  
 JORGE MANRIQUE.

Cánsanos al escribir una quincena el recuerdo im-  
 portuno de la anterior, y acaso la misma que narramos,  
 molesta á los que la leen, porque viene á distraerlos  
 de sus goces presentes: de los sucesos que mañana  
 han de pasar al vasto panteón de lo futuro. Encerrada  
 la sociedad en un círculo vicioso en el que apenas pue-  
 de girar sin confundirse, exprime de continuo sus  
 fuerzas para no envejecerse; corre desesperada en pos  
 de la novedad, sin conocer que al fin de su carrera, ha  
 de encontrarse otra vez en el mismo punto de donde  
 saliera, y redúcese al fin á creer que es nuevo, lo mis-  
 mo que abandonó por parecerle antiguo. Si los hombres  
 se miráran amenudo en el verdadero espejo de la  
 sociedad, que es la moda, y viesen la impotencia del  
 maestro tijera, para satisfacer las exigencias de los  
 elegantes, no extrañarían que el frágil que hoy les gusta  
 porque lo lleva un joven y tiene botones dorados,  
 es el mismo que ayer les hizo reír porque lo usaba  
 un viejo, con botones de acero. —Ay! lo que se-  
 mos, señora Paca, lo que semos!!!

Entretuvimos en el artículo anterior un rato,  
 algo largo á la verdad, con M. Pagés, y hoy casi nos  
 pesa porque bien mirado, su interpelación no valía la

pena de incomodarse en contestarla. Tanto es esto  
 cierto, que en vez de volver á la carga, sobre la no-  
 cotización del 3 por ciento en la bolsa de París,  
 nos limitamos á decir, que así lo ha resuelto la cá-

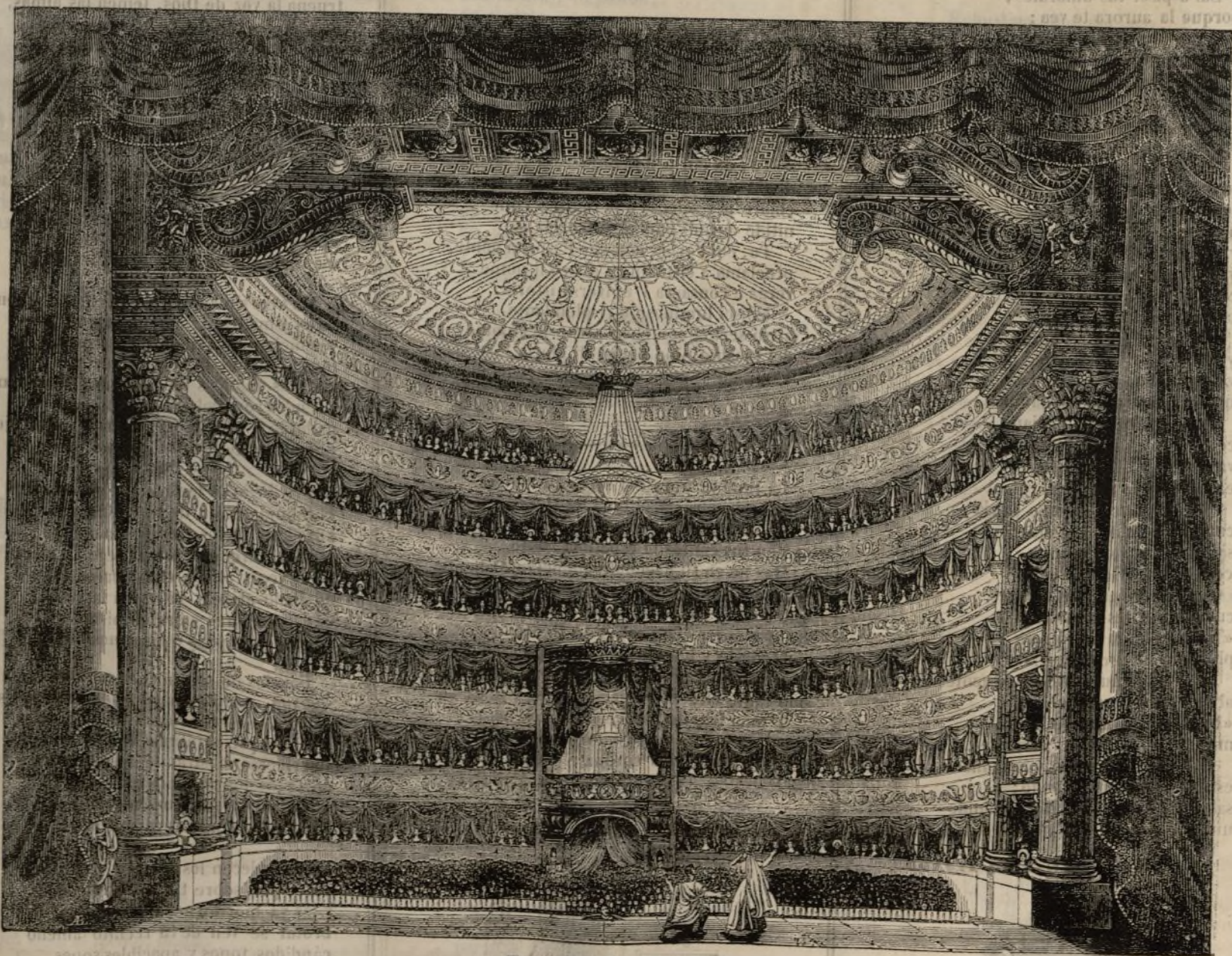
mara de los diputados franceses. «Luego bien hice yo  
 en pedirlo» dirá M. Garnier. —¿Quién dice lo con-  
 trario? respondo yo: Vd. estuvo en su derecho inter-  
 pelando, como lo estaría el quita-manchas, limpiándole



Casas Consistoriales de Madrid.

la grasa del frágil, ó el frágil de la grasa; pues euan lo  
 crecen mucho las partes es difícil distinguirlas del  
 todo. Y aconséjote querido mio (por última vez,

gratis y con franqueza) que si alguna vez necesitáres  
 alguna cosa, no vayas á la corte de Persia, pues allí se  
 ha declarado una miseria general que horroriza.



Teatro de la Scala en Milan.

No te digo mas sino que los guardias de honor del  
 Shah, van cubiertos de andrajos y descalzos de pié  
 y pierna. Aquí á pesar de tus quiebras, esto es de

las que tú dices que hemos hecho, no nos hallamos  
 en ese caso á Dios gracias; y si tú no te opones.—  
 Lo de batirse en desafío, por causas frívolas y absur-

das, ocurre aquí como en Francia, y todo el mundo  
 es país para decir: «No quiere Vd. creer que soy  
 caballero? pues venga una pistola y se lo probaré



al momento» Afortunadamente en España la sangre no suele llegar al río, y esto no consiste en que los desafíos se verifiquen lejos del agua, sino en otras cosas que yo sé. que tu sabes, que aquel sabe; pero que nosotros callaremos, que vosotros callareis y que aquellos (los desafiados) no dirán nunca.

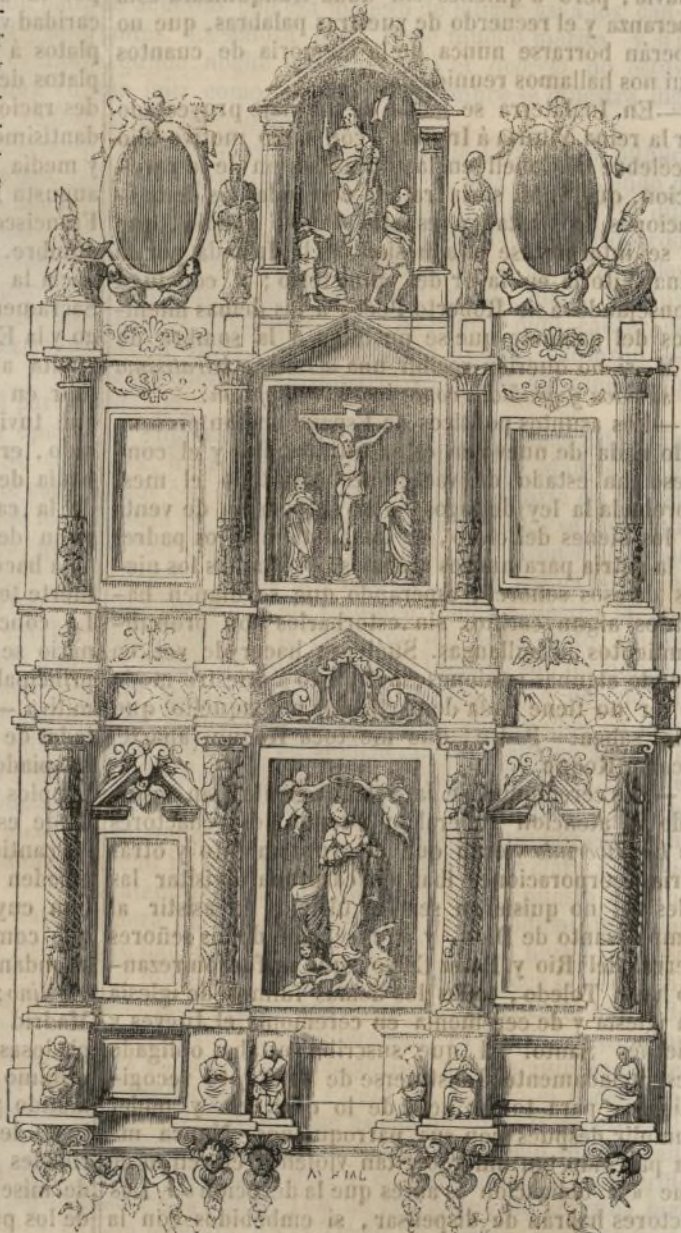
El desafío ocurrido en París entre M. Dujarier y M. Beauvallon, ambos periodistas políticos, pero de opiniones opuestas, no tiene otra cosa de racional, que el discurso pronunciado por M. de Girardier, al dar sepultura al cadáver del desgraciado Dujarier, que quedó muerto en el acto de un pis-

toletazo en la sien. Nadie sabe á ciencia cierta el motivo de aquella desgracia; pero nadie se interesa gran cosa en averiguarla, porque todos saben que siendo una cosa á la moda los desafíos, ocurren diariamente por cualquier tontería. Basta que un bizco se encuentre en la calle con otro que no lo sea,

para que en vez de preguntar el segundo.—«Por qué me mira Vd. así?» y de contestar el otro.—«Porque no puedo hacerlo de otro modo», se peguen un tiro ó se dan de cuchilladas por lo menos. No hace mucho que en una de las calles de Madrid se encontraron dos tartamudos, y preguntándole el uno al otro qué hora era, aquel le respondió con la lengua estropajosa, única que tenía á su disposición, y sin mas palabras ni mas explicaciones, cambiaron de tarjetas súbito. Los padrinos de ambos combatientes, llevaron su caballería hasta el punto de no preguntar la causa del duelo, y hasta el momento de llegar al campo, no se supo el ridículo origen de un lance que no se verificó finalmente. Cuando el retador vió que su adversario tartamudeaba en el momento del lance, no pudo menos de decirle que semejante proceder no era propio de un caballero; el desafiado repetía lo mismo, y no se hubieran entendido jamás á no ser porque uno de los padrinos comprendió el origen del duelo, y acercándose á sus compañeros les preguntó si era



Parroquia de San Justo.



Altar mayor de las Descalzas reales.

tartamudo su ahijado, y habiéndole contestado afirmativamente se interpuso entre los combatientes y les dijo:—«Altó, señores; ambos á dos sois caballeros, pero ambos á dos sois tartamudos, y no puede llevarse á cabo el desafío.—En una de las fondas de Madrid, y aun no se ha podido averiguar cuál fuese, se desenlazó aquel caballerosísimo drama, del cual se hacen mil ediciones diariamente. Mientras la lógica racional guarda silencio sobre esa clase de consecuencias violentas, en las que la mano derecha tiene mas razón que la lengua, por ser un tanto cuanto mas fuerte, será inútil que se pretendan corregir esos estravios del sentido común.—Las siguientes palabras copiadas del discurso de M. Girardier, prueban el efecto que ha producido entre los amigos del malogrado Dujarier el lance de que llevamos hecha mencion. Dice así:

«No se borren nunca de nuestra memoria estas palabras: «Voy á batirme en desafío por la causa mas frívola y mas absurda», escritas con mano segura y tranquila por Dujarier una hora antes de que recibiese el golpe mortal!

«Yo, menos que nadie, debo pronunciar aquí

y en esta dolorosa circunstancia, los nombres de la religión y de la razón; por lo tanto no emplearé su elevado lenguaje, sino el lenguaje humilde que me conviene. Lo que creo deber decir es, que ni ese desafío del que no tenía la menor noticia, ni otros no menos sensibles se habrían deplorado, si

»Si el duelo es un caso extremo que no puede desaparecer enteramente de nuestras costumbres, al menos es preciso que no pierda el carácter de inevitable de extremidad, que es lo único que puede disculparlo; al menos es preciso que no pueda verificarse sino después que estén cumplidas minuciosamente todas las garantías de que debe ir rodeado, después que los testigos hayan tenido tiempo de consultar su conciencia, ilustrar su entendimiento, y pesar toda la responsabilidad con que van á cargar!

»Aun procediendo así, no dependerá siempre de ellos el evitar todos los desafíos; pero se harán infinitamente menos frecuentes de lo que se han hecho ya, y solo se efectuarán en circunstancias supremas!

»Este proyecto no satisfará todavía las justas exigencias de la religión y la razón; pero con él se habrá adelantado mucho en favor de la sociedad; con él se habrá adelantado, que estraviados por un mal entendido sentimiento de honor, se puede ya escribir en le sucesivo: «Voy á batirme en desafío por la causa mas frívola y mas absurda.»

»Adios, Dujarier, descansad en paz; pero dejadnos llevar de aquí el consuelo y la esperanza que



Tren de Artilleria.

para su arreglo se hubiera procedido antes á instruir un sumario circunstanciado, discutido y redactado por los cuatro testigos de costumbre, firmado por ellos y entregado á un tercero en discordia, relatando con precisión todos los hechos, remontándose al origen de la provocación, y consignando todas las explicaciones que hubiesen mediado entre las dos partes.



cuando menos el recuerdo de tan trágico fin, recuerdo mas eficaz que una dudosa jurisprudencia, será bastante largo para proteger á otros jóvenes inespertos, y ponerlos al abrigo de semejantes catástrofes.

«Y rueguen al cielo por vos con todo el fervor de su alma todas las madres, atónitas y trémulas todavía, pero á quienes sin duda tranquilizará esta esperanza y el recuerdo de vuestras palabras, que no deberán borrarse nunca de la memoria de cuantos aquí nos hallamos reunidos!»

—En Inglaterra se habla de un viaje proyectado por la reina Vitoria á Irlanda, con cuyo motivo dijo el célebre O' Connell en la última sesión de la revocación, que S. M. sería tratada con todas las demostraciones de lealtad y respeto. Pero, añadió, que no se interpretase la adhesión de la Irlanda por la reina Vitoria en favor del ministerio; y concluyó aconsejando á sir Roberto Peel y á los demás miembros del gabinete que se pusiesen á la sombra de S. M. si no querían recibir una *serenata baratísima de silbidos y gruñidos como jamás se oyeron*.

—Los asuntos políticos de España no han presentado nada de nuevo en estos últimos días y el congreso ha estado de vacaciones casi todo el mes. Aprobada la ley de vagos, y la suspensión de venta de los bienes del clero, se toman tiempo los padres de la patria para nuevos trabajos, y estamos los nietos de esos señores, esperando que se dignen hacernos algun cariño, sin estorbarlos con pronunciamientos ni bullangas. Suélese hacer de vez en cuando algunas prisiones; pero esto á nuestro modo de ver no tiene nada de particular por aquello que Vds. saben:—Padre, que me toca Roque (aparte) tócame Roque.

—Las ceremonias de la Semana Santa han absorbido la atención general, y cuando los redactores de *El Laberinto* vieron que el ayuntamiento y otras varias corporaciones iban en caravana á visitar las iglesias, no quisieron ser los últimos en asistir al templo santo de Dios, y á excepción de los señores Ferrer del Río y Perez Calvo, que se fueron rezando hasta Toledo, todos los demás fuimos de iglesia en iglesia y de ceremonia en ceremonia el Jueves y Viernes Santo. El que suscribe estaba obligado desgraciadamente á distraerse de su devoto recogimiento, para tomar acta de lo que veía y poder cumplir despues con sus parroquianos. Nunca me ha parecido tan amargo y tan violento el refrán de que «la obligación es antes que la devoción». Los lectores habrán de dispensar, si embebidos con la meditación de los sagrados misterios dejamos pasar algunas cosas de las infinitas y de diverso género que ocurrieron en dichos días.

Rompió la marcha el bando acostumbrado, prohibiendo rodar toda clase de carruajes, excepto las diligencias, sillas, correos, y de postas, con especial permiso de la autoridad; y el Jueves Santo por la tarde estaba la artillería en la plaza de Isabel II. Nosotros no vimos rodar los trenes por las calles; pero nos han asegurado personas fidedignas, que no fueron allí por el aire. Esto es en cuanto al bando y á los carruajes, pues las ceremonias religiosas debemos confesar que se han celebrado con toda la pompa y solemnidad posible; y es cuanto se puede hacer, porque empeñarse en resucitar algunas cosas de las que han muerto de veras ó quererse mudar de camisa tres veces al día, cuando hay sus trabajos para hacerlo dos veces á la semana, es un delirio. Decir que la reina salió á visitar las estaciones como en tiempo de Carlos IV es exacto hasta cierto punto, porque ambas MM. lo han hecho á pie; pero nada mas; decir que nuestra joven reina salió el Jueves Santo como debe salir una reina católica en el siglo XIX es hablar con fundamento. Ni dejaría Carlos III de haber sido un gran rey porque nosotros le pintásemos con levita y trabillas, ni la grandeza española ha de recobrar sus perdidos tesoros, poniendo pelucas á los criados de su servidumbre. Hay reformas que no se pueden empezar por la cabeza, como hay demoliciones que matan al operario si las empieza por los cimientos.

Concluidos los oficios en la capilla del real palacio, el Jueves Santo por la mañana, pasó la familia real á la sala de columnas para la gran ceremonia del lavatorio, despues de la cual se sirvió por S. M.

y AA. auxiliadas de algunas personas de la regia servidumbre la comida de costumbre á los trece hombres y doce mujeres pobres. Para los que habían visto u oído hablar de esta ceremonia en los años anteriores, nada de particular ofrecen los detalles del presente; pero nunca será excusado decir que la joven reina llamó la atención de los concurrentes por la amabilidad que brillaba en su rostro, y la caridad verdaderamente evangélica con que servía los platos á aquellos infelices. La comida, servida en platos de Talavera, se componía de un potaje, grandes raciones de toda clase de pescados, postres abundantísimos de todas frutas y confitura.—A las cuatro y media salió S. M. de palacio, acompañada de su augusta Madre y Hermana, de S. A. el infante don Francisco de Paula, y de las personas de su servidumbre. Se dirigió por la carrera cubierta de tropa hacia la parroquia de Santa María, de allí pasó al Sacramento, san Justo, Santiago, Santo Domingo y la Encarnación; desde cuyo último punto dió la vuelta al regio alcazar. Habiendo dispuesto S. M. salir en familia, sin convidar á las corporaciones que tuvieron la honra de acompañarla el año pasado, era corta la comitiva y cerrábala una compañía de alabarderos. Lujosas sillas de manos tanto de la casa real, como de otras particulares, se veían detrás de la procesión, y S. M. se vió obligada á hacer uso de una de ellas, mientras pasaba un fuerte temporal que estuvo amenazando todo el día. La concurrencia fué inmensa, y un lujo extraordinario se admiraba en todas las calles de Madrid; principalmente en la carrera que llevó la regia comitiva.—Las demás iglesias estuvieron muy frecuentadas de gente todo el día, y la limosna recogida por las piadosas señoras que pedían á la puerta de los templos para las casas de beneficencia es una prueba de esta verdad. Nosotros no sabemos á punto fijo las cantidades recogidas; pero nos han asegurado que esceden con mucho á las de los años anteriores. Con cuyo motivo escitamos el celo de los señores que componen la junta de beneficencia para que atiendan con particular cuidado el asilo de *San Bernardino*; pues es un dolor que cuando el público de Madrid compuesto en su generalidad de personas piadosas, está dispuesto á aliviar las dolencias del prójimo, no se pueda salir á la calle sin verse acometido por una multitud de pobres andrajosos y hasta desnudos. Nos dirigimos asimismo á las autoridades para que eviten esos cuadros repugnantes de miseria que favorecen poco ó nada la civilización de los pueblos.

Salió al día siguiente, y á la hora acostumbrada, la *procesión de los pasos*, ó sea el entierro de Cristo, y dirigiéndose desde Santo Tomás á la plazuela de Palacio, por la plaza Mayor y Platerías, volvió á la misma iglesia de Santo Tomás por las calles de Santiago y Mayor, puerta del Sol, calle de Carretas y Atocha. Al pasar la procesión por delante del real palacio, se asomaron á los balcones del mismo las personas reales, con la familia del infante don Francisco de Paula. Los flanqueadores del regimiento de coraceros y un piquete del mismo cuerpo abrian la marcha, y seguían inmediatamente los pobres de San Bernardino, los niños del Hospicio, y algunos otros de varios establecimientos de beneficencia. Las mangas parroquiales y los estandartes de las iglesias, marchaban por orden de antigüedad, y los pasos ó esculturas, llevadas por personas cubiertas con vestas moradas, formaban el todo de la procesión. Siendo de notar que este año iba el paso de la Verónica; sobre el cual pudiéramos decir algo á los encargados de ponerlo en escena. El manto de la Verónica que debiera ser de toda clase de tela menos de seda, era de tafetan morado; el pañuelo que á ser de riquísima batista nada hubiera tenido de particular, hacia un efecto estravagante por estar bordado de punta á punta, y tener cierta puntilla de encaje por añadidura. Los armados que eran otra novedad extraña, han tenido la diabólica ocurrencia de presentarse con mosquetes algunos y otros con tercerolas; las armaduras eran incompletas, y para trajes de cazadores, no les faltaba mas que lo que tenían de medio cuerpo abajo: los zapatos blancos y las botas ídem. Finalmente, iba el santo Sepulcro llevado por sacerdotes y precedido de una cuadrilla de disciplinantes en traje de disci-

plinados, y cerraba la procesión un general haciendo de jefe político, el gobernador de la plaza, el alcalde primero constitucional, músicas militares y piquetes de infantería y caballería de todos los cuerpos de la guarnición.—Las funciones de la Capilla Real y Descalzas Reales, han sido notables por las voces escogidas que han cantado los divinos oficios en ambos templos, especialmente en el primero. La música del maestro napolitano Sarmiento, ha hecho el gasto este año; pero no ha complacido á los concurrentes, por tener mas de profana que de divina. En las Siete palabras con especialidad, se echó mucho de menos la armonía religiosa del célebre Hayden. Ultimamente, la Iglesia, impaciente por resucitar al Salvador, no quiso esperar al domingo, y las campanas del Sábado Santo terminaron las ceremonias religiosas, apareciendo súbito en las esquinas los carteles de los teatros; que habían estado cerrados dos semanas.

—El *Príncipe*, se había mudado y no de local, sino de ropa limpia en esos días, y á la solemne apertura del domingo de Pascua, ni podíamos faltar nosotros ni dejar de asistir nadie que conociese el buen gusto y la inteligencia que distinguen al señor Romea, mayor, en negocios de ese género. Apenas pusimos el pie en el portal del teatro, nos encontramos con un pavimento desusado hasta el día en semejantes lugares, y al pasar la mano por las paredes para ver á qué grado de secante se hallaba la pintura, vimos que estaban vestidas de un elegante papel pintado. Acomodámonos en una de las sillas que al efecto estaban allí, dijimos: si por las vísperas se conocen los días, por las entradas deben medirse los palacios; y si esta no es la casa de Astrearena, mucha fachada y poca vivienda, hemos pescado aquí un teatro, digno de las notabilidades que trabajan en él. Pasamos por fin adelante, y á pesar de que no estaba corrida la cortina, nos descubrimos la cabeza, como hacen los lugareños, cuando entran en alguna escalera mas decente que las ordinarias.—Partidas las lunetas en dos bandas y forradas de terciopelo azul, no se las toma por asalto como antiguamente sino que se pasa por en medio del teatro, á cuyo efecto hay espacio suficiente, como asimismo en los asientos que son anchos y cómodos. Los palcos están corridos y vestidos de papel azul; el patio ha desaparecido y en su lugar hay cuatro palcos, perfectamente colocados, sobre los cuales se eleva esa gran montaña, que en términos técnicos llamamos anfiteatro, y encima de ella ha quedado el palco de la familia real. En los palcos de las autoridades no hemos tenido innovación alguna, y siguen siendo los mayores y mejor colocados del teatro; conservando sus ridículas colgaduras de confitería del siglo XVIII. El telon de embocadura es muy lindo, y consiste en una sencilla pero elegante cortina azul, que al descorrerse queda velada por una no menos linda guarnición del mismo color; sustitución acertadísima de aquellos pabellones encarnados que había *in illo*.—Una sola cosa ha olvidado en nuestro sentir el empresario del *Príncipe*, y estamos seguros de que unos la encontrarán bien hecha y otros mal. La aristocracia estará en el número de los primeros; la clase media, pertenecerá con nosotros, á los segundos. Y hora es ya de decir que hablamos de la distribución de las localidades, ó mejor diremos, del lujo general que se advierte en el teatro restaurado. Creemos que la clase media tiene pocos asientos á su disposición, y el pueblo tal, menos aun; siendo así que estas dos últimas partes de la sociedad son las que sostienen las empresas, y con especialidad los teatros de verso. Informe el *Circo*, que ha visto muchas noches desiertas sus lunetas, al paso que los asientos de peseta vulgarmente llamados ignominia y ómnibus, estaban llenos de bote en bote. Y decimos que esta circunstancia debe tenerse presente con especialidad en el teatro nacional, porque la generalidad del público no asiste á los espectáculos por darse importancia ni por moda, sino por oír la única cosa que le agrada; porque es la única en que puede ser juez. (Aunque hay autores que dudan esto último, y otros que lo niegan del todo).

Por enfermedad de los primeros actores doña Matilde Díez y don Carlos Latorre, no pudo abrirse el teatro del *Príncipe* con funciones nuevas ni aun con otras antiguas del gusto del público, y se es-



trenó con el *Héroe por fuerza*, en cuya comedia, el señor Guzman llevó la parte principal; sin que por eso dejaran de estar felicísimos los demás actores en sus respectivos papeles. *Don Felipe el Hermoso* ha seguido dando entradas una semana entera, con particular aplauso del público; y finalmente la linda comedia del señor Rubí, titulada *Toros y Cañas*, se ha puesto en escena cuando nosotros entrábamos en prensa, sino á modo de tormento inquisitorial, á la usanza tipográfica del siglo XIX, que es mas provechosa á la sociedad, y algo mas humana, que las crueldades de vergonzosa memoria.—Prolongada la enfermedad del señor Latorre y decidido don Julian Romea á hacerse admirar de nuevo en la escena española que dejó viuda hace un año, tendremos el gusto de asistir á las representaciones consecutivas de los *Hijos de Eduardo*, de *Bandera Negra*, y de otras varias producciones de no menos mérito. Perteneciendo á esta última *La jura de Santa Gadea*, del profundo escritor Hartzenbusch, el *Gran Mundo*, del fecundísimo poeta Rubí, y el *Enemigo Ocullo*, del festivo Breton.

—La compañía del teatro de la Cruz, ha inaugurado el nuevo año cómico de una manera casi fabulosa en los anales del mundo filarmónico. Ni hacemos memoria de ninguna empresa, que haya puesto en escena diez óperas en cinco meses, ni mucho menos hemos visto nunca cuatro óperas en cuatro días consecutivos. A pesar de nuestra admiración, la compañía de la Cruz ha hecho esta especie de milagros artísticos cantando hoy *el Roberto d'Ereux*, mañana la *Sonnambula*, al día siguiente *el Hernani*, al otro *il ritorno di Collumella*, y aun la *Lucia* por añadidura. En la primera de estas óperas ha hecho su primera salida el tenor Paterni el cual nos dispensará que por galantería hablemos antes de la señora Tosi, que asimismo cantaba por primera vez despues de dos meses de enfermedad.

—Nuestro periódico que, como hemos dicho ya otras veces, tiene la ventaja de ser el último en hablar de los espectáculos, y sus redactores están convencidos de que las óperas no deben juzgarse la primera noche, y aun si es posible ni la segunda, puede por ambas causas tener en cuenta el juicio de los demás críticos, formando el suyo despues de haber oido mas de una vez lo que ha de juzgar. A la señora Tosi sin embargo, no queremos tomarla en cuenta la segunda noche que cantó el Roberto, por que habiendo estado menos feliz que la primera, no podríamos haciéndola justicia, ser galantes con ella; y á este deber de caballeros no faltaremos nunca, mientras la verdad lo permita. Cantó su aria de salida con mucho gusto: y aunque como han dicho ya otros periódicos, su voz no es lozana en todos los puntos, suplió con maestría esa falta, y nosotros podemos asegurar que nos dejó complacidos en esa pieza, como asimismo en el rondó final. Por ello mereció los aplausos del público y fué justamente llamada á la escena. Pocos dias despues ha cantado de nuevo esa misma ópera; pero ha tenido la desgracia de no estar su voz como el primer dia y el público no ha sido, por desgracia, bastante galante para aplaudirla. Esta circunstancia dependerá tal vez de que no se halle restablecida del todo; pero dentro de pocos dias tendremos el gusto de oirla en *la Maria di Rhoan*.—Paterni, estuvo asimismo mejor en la primer noche que en la segunda, y su voz no carece de extension ni de fuerza. Tiene el defecto de ser un poco agria (si los músicos nos permiten la calificación), y su canto no es nada seguro. Esto nos pareció la primera vez que le oímos cantar; acaso mas adelante tengamos ocasion de rectificar nuestro juicio. El papel de Nottingham, fué cantado la primera noche por Lej, y la segunda por Salas, á causa de estar el primero indispueto de salud y muy recargado de trabajo en otras óperas. El segundo de ambos cantantes, ha estudiado su parte en un par de dias, y la cantó con tal inteligencia, que el público le llamó á la escena en todas las piezas de la ópera. Nottingham es uno de los papeles que Salas ha creído siempre fuera de su línea, y esta vez, como cualquier otra que cante óperas serias, conocerá que le hace traicion su modestia, y que su porvenir artístico es mas extenso y mas brillante de lo que ha creído hasta el dia. La señora Chimenó estuvo muy feliz ambas noches, y el pú-

blico la hizo justicia al aplaudirla. Esta jóven artista, adelanta rápidamente en su carrera, y en esta ópera no nos dejó nada que desear.

El señor Guasco, cuya presentacion en la escena esperaba con tanta impaciencia el público de Madrid, salió por fin á probar la justicia de la fama que ha adquirido en todos los países donde han podido admirar la frescura de su voz, estensa y lozana en todos los puntos. El señor Guasco, es uno de los pocos tenores completos que existen hoy en Europa, y acaso el único, en cuanto á gran volumen de voz. La primera noche que cantó el *Hernani*, estaba en todo el lleno de su simpática voz y fué muy aplaudido en toda la ópera especialmente en la cavatina del primer acto, y en el final del cuarto. Las otras dos noches que se ha repetido el mismo partido, ha cantado bien; pero nos pareció que su voz no estaba igualmente clara en todas las notas. Su método de canto es excelente y vocaliza con mucho gusto y particular limpieza.

El barítono Meini, encargado de la difícil parte de Carlos V, cantó con mucho gusto toda la ópera y principalmente el aria y duo con la tiple. Su voz es en extremo simpática y sabe muy bien lo que canta; ocurremos indicarle únicamente que se cuide mas de su figura en la escena, no olvidando nunca, que la accion ayuda mucho al cantante.

Juzgada ya la señorita Tirelli en la primera noche que se cantó el *Hernani*, y en la cual estaba indispueto el señor Guasco, no tendríamos nada que decir, si animada dicha artista por la unánime cooperación de sus compañeros, no se hubiese escedido á sí misma, dando lugar á que el público la interrumpiese con repetidos bravos en la cavatina, llamándola despues á la escena con estrepitosos aplausos. En el resto de la ópera estuvo muy feliz alcanzándola una gran parte de los aplausos que se dieron al final del acto cuarto.

El señor Lej contribuyó tambien al buen éxito de la ópera, que segun voz general, no se habia oido cantar en Madrid hasta el dia.—La orquesta y los coros estuvieron perfectamente, y son tan rápidos los adelantos de la primera, que no queremos pasar esta ocasion sin felicitar al maestro Basily, que infatigable en su destino, ha sabido poner en escena diez óperas en cinco meses. Los que conocen cuántas dificultades se ofrecen hasta poner en escena una ópera nueva, sabrán apreciar el verdadero mérito del señor Basily, que ha sabido entre otras cosas dar á la orquesta el verdadero claro y obscuro indispensable á la buena armonía instrumental.

Otra de las óperas que enumeramos al principio de estos párrafos, es *il ritorno di Collumella*, en cuya ópera entraremos de rondón y sin que nadie nos oiga á sacar al señor Salas por el brazo, y traerle aqui para que no contagie á los demás cantantes; (y al revés te lo digo pa que me entiendas). Este libreto (*il ritorno*) es uno de los mas bellos que hemos oido en el género bufo; pero la música vale poco á nuestro juicio. Veríamos siempre con gusto esta ópera, únicamente por sentir al señor Salas, el cual se hizo en esa funcion superior á todo elogio. En el aria de salida, en todo el segundo acto, y en el terceto de bajos, entusiasmó al público de una manera extraordinaria, y nosotros conservaremos siempre gratos recuerdos del gran Salas, en su parte de Collumella.—Debutó en esa ópera la señora Manzochi, hermana de su hermana, y el público no pudo hacer mas que callar y oirla. Si alguno dijere que no fué justo obrando así, le diremos que no entiende nada de galantería española. El señor Bonfigli cantó muy bien su parte, y nos hizo oír con gusto una aria escrita espresamente para dicho tenor por el señor Gastaldi; el cual ha escrito otras piezas para la señora De-Bernardi y el señor Guasco, que se cantarán en la *Maria di Rhoan*. La señora Chimenó cantó con mucho acierto ese dia, y de los demás señores con callar hacemos bastante.—Los coros estuvieron muy bien especialmente en el magnífico coro de lobos que se canta en el segundo acto.

Despues de esas óperas, se ha repetido la *Sonnambula*, y han vuelto á recibir los aplausos del público la señorita Tirelli, y los señores Flavio y Salas; siendo llamada á la escena la primera, des-

pues del rondó final. Aun despues de restablecida la señora Tosi, continúa la empresa poniendo en escena diariamente á la Tirelli. En esta última semana ha cantado la primera una noche y la segunda cinco. Natural es que al público se le dé lo que mas ostensiblemente le gusta; pero no estamos nosotros de acuerdo con esa manera de fatigar así á los cantantes. La señora Tosi, tiene mucho mérito y si la segunda noche que se cantó el *Roberto* no estuvo tan feliz como la primera, siempre se muestra digna del aprecio del público.

El Sr. Flavio cantó por fin la *Lucia*, y el público le aplaudió, justamente en el aria final, siendo de notar la valentía con que dijo el andante, y la dulzura con que vocalizó los sentidos afectos de Edgardo. La señorita Tirelli (y vuelta otra vez á las andadas) fué llamada á la escena en el rondó final, y estuvo superior á cuantas veces la hemos oido cantar esa misma ópera. Salas, Becerra y Oller, cantaron esa noche como de costumbre, y la ópera en general fué así, así.

Finalmente, pues ya es hora de acabar esta quincena, hemos visto en los periódicos de Madrid, condenar con mas ó menos acritud, una carta de Madrid inserta en el *Pirata* de Milan, en la cual se decia que la Tosi era una gran prima donna *inconstrabilmente* primaria, y que la Tirelli era prima donna bufa, con otras cosas que en resumen venian á decir: la Tosi es muy buena y la Tirelli no vale nada. Esto, á nuestro sentir, no vale la pena de tomarlo con formalidad; pues si fuese cierto no hubieran ido á decirlo tan lejos. Como era posible que lo que se dice en la tal carta, se dijese en Madrid, cuando allá en Milan, el redactor del *Pirata*, dice: *Siamo invitati*, &c.; esto es *me ne lavo le mani*? Dice (la carta) que la Tosi ha rechazado el *Rolla* y el *Hernani*, y que por eso las ha hecho la Tirelli; lo cual quiere decir clara y terminantemente que la Tosi es la bufa, puesto que no quiere hacer óperas serias. Los periódicos de Milan que han contestado al *Pirata*, lo han hecho tambien con mucho calor, y tampoco nos parece bien ese entusiasmo, porque hay cosas que no valen la honra de ser tomadas en consideracion. El público es un gran juez en esta clase de negocios: al dia siguiente de recibirse en Madrid el *Pirata*, se repitió el *Roberto* por la Tosi (y véase lo que queda dicho de la repetición); despues se cantó el *Hernani*, y la Tirelli fué llamada dos veces á la escena. Si el autor anónimo ha querido hacer á la señora Tosi un favor, que de ninguna manera necesita, y á la Tirelli un agravio, que está fuera de tiro, en nombre de ambas primas donnas se puede decir que ha hecho fiasco. La apreciable señora Tosi no necesita defensores, como el autor de la carta, y la señorita Tirelli debe endosar la contestacion al público de Madrid, del cual es hoy dia un verdadero *enfant gâté*.

En el *Circo* ha llamado particularmente la atencion el violinista Artot, que ejecuta mucho y bien; los nuevos bailarines, de cuyas piernas y cabriolas hablaremos mas despacio, pues bien lo merecen, y la llegada á Madrid y á dicha compañía, de la señora Pardini, contralto de mucha fama en el mundo músico. Dícese que la oiremos por primera vez en la *Maria di Rhoan*, ópera que están ensayando ambas compañías. Sentimos que dicha artista no haga su debut en otra ópera en que el contralto tuviese una parte de mas lucimiento.

ANTONIO FLORES.







Alegoría del mes de Marzo.

## ANUNCIOS.

HISTORIA

DEL

## CONSULADO Y DEL IMPERIO DE NAPOLEON,

POR MR. THIERS.

TRADUCIDA, CORREGIDA Y AUMENTADA

POR DON ANTONIO ALCALA GALIANO,

CON 60 MAGNIFICOS GRABADOS EN ACERO.

Diez tomos en octavo mayor.

De la publicación de la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO por Thiers, ya hemos hablado en otro prospecto. Allí sin encarecer la importancia de ese libro que tal período de la historia moderna comprende y por tal historiador está escrita, nos limitábamos á anunciarla, persuadidos de que cuanto se refiere á Napoleon es popular en toda Europa, y de que cuando el historiador del hombre de la época ha visto multiplicarse en todos los países de una manera asombrosa su HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA, el interés que inspira el héroe se aumenta con la idea de un escritor de tan superior talento. Hoy sin prodigar encomios á una obra que no los necesita, podemos asegurar á los que á ella se suscriban grandes ventajas.

El editor D. IGNACIO BOIX ha celebrado un contrato con Mr. Paulin, editor propietario de la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO, en virtud del cual ha adquirido el derecho de imprimir en España y Francia una traducción española de aquella obra, dándola á luz, al mismo tiempo y en los mismos periodos que el original se publique en París. Y como este derecho adquirido por el editor don Ignacio Boix es exclusivo, se deduce naturalmente que la traducción que salga de sus prensas se repartirá á los suscritores mucho antes que cuantas tra-

ducciones se hagan de ese libro que aguarda anhelante el mundo literario, y cuya aparición es un verdadero acontecimiento.

Aun no sería suficiente la ventaja de adquirir la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO si la prontitud de su publicación no estuviera en armonía con lo esmerado del trabajo. Para conciliar ambos extremos, esta traducción está publicándose bajo la inspección de un literato de tan justa y merecida nombradía como el señor don Antonio Alcalá Galiano, quien la corregirá y anotará brevemente para darle nuevo interés y mayor realce.

Mas la adquisición del derecho exclusivo de publicar la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO, el confiar su traducción á conocidos escritores, y su inspección á una persona que tan alto puesto ocupa en la literatura, suponen grandes gastos, y podía creerse que el editor se propone lograr pronto reembolso, y disminuir el mérito de las ventajas con lo excesivo del precio. Bien lejos de eso el precio de suscripción será equivalente al del original en la capital de Francia, de suerte que cada tomo de 450 á 500 páginas tendrá de coste la ínfima cantidad de 20 rs. en Madrid para los suscritores, y 24 para las provincias francos de porte.

De la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO

se publicaron en París los tomos 1.º y 2.º lo mismo que en Madrid el día quince de marzo, y el mismo día 15 vieron la luz los dos primeros tomos de la edición española en París y principales capitales de España. El tercer tomo se publicará inmediatamente que esté corriente el original del 4.º y así sucesivamente de manera que según el editor francés aparecerá un tomo mensual.

Ha sido tal la acogida que ha merecido del público esta obra con solo la lectura del prospecto, que no son ya suficientes los ejemplares de la primera edición para satisfacer los pedidos, y se ha dado ya principio á la reimpression de los dos tomos primeros aumentándose la tirada del 3.º antes de su publicación. El editor don Ignacio Boix trató de esteotiparle para hacer varias ediciones, aprovechando el adelanto de ser el primero en su aparición, para surtir todos los puntos de América, para los que ya han salido hace un mes los tomos primero y segundo.

La importancia de la obra que se anuncia exige todo género de sacrificios, y su editor no economiza ninguno para corresponder de una manera digna á la constancia de las muchas personas que honrando cotidianamente su establecimiento, figuran en las listas de sus numerosas publicaciones.

Se han repartido en Madrid los dos tomos primeros de esta interesante obra á todos los suscritores.

Se halla abierta la suscripción en las librerías de Boix, calle de Carretas, núm. 8 y 35, y en la de los señores viuda de Calleja é hijos, como igualmente en las de los corresponsales del reino, extranjero y ultramar de ambas casas.

### LIBRERÍA MODERNA

DE DON IGNACIO BOIX, NUMERO 35.

Se ha abierto al público este nuevo establecimiento de librería, con gran surtido de las mejores obras españolas con encuadernaciones variadas y de buen gusto. Devocionarios de todas clases, tamaños y encuadernaciones de gran lujo, en terciopelo variados colores, y tafletes, &c. &c. De las obras de devoción se hallarán un buen surtido y se enriquecerá todos los días hasta que pueda llamarse *librería universal española moderna*. Ocuparán un lugar preferente las mejores colecciones de novelas, tanto españolas como traducidas de los autores mas acreditados.

Se admiten suscripciones á todas las obras que se publican modernas en la imprenta del señor Boix.

Se harán en este nuevo local las suscripciones al *Tiempo*, periódico conservador. Asimismo se harán tambien á *El Laberinto*, literario y de teatros con profusión de grabados, donde se podrá ver la colección de los números publicados, ricamente encuadernados.

El catálogo de las obras de fondo se dará gratis á los suscritores á algunas de las que se publican, y el de *surtido general* se está imprimiendo para hacer lo mismo á las personas que honran el establecimiento.

### HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA,

TRADUCIDA Y AUMENTADA

POR DON SEBASTIAN MIÑANO.

Doce tomos en octavo mayor que forman colección con la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO DE NAPOLEON.

Se abre suscripción á esta interesante obra para los que gusten adquirirla insensiblemente con una rebaja de su primitivo precio, siempre que sean suscritores á la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

MADRID. Cada tomo en rústica sin láminas, 20 rs. Idem con láminas, 25.

PROVINCIAS. Cada tomo en rústica sin láminas, 24 reales. Idem con láminas 30.

Se puede obtener esta obra á comodidad de los que deseen adquirirla, satisfaciendo el valor de uno, dos ó mas tomos y por el tiempo que dure la publicación de la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO; terminada aquella quedará cerrada la suscripción.

Está abierta la suscripción á ambas obras en las librerías de Boix, calle de Carretas, como asimismo en todas las capitales de España y extranjero.

DIRECTOR Y EDITOR, D. Antonio Flores.

Impreso en las prensas mecánicas de D. I. BOIX, calle de Carretas, núm. 8.